

LA SITUACIÓN MILITAR EN EL REINO DE VALENCIA DURANTE LA SEGUNDA GERMANÍA (1693)

Antonio Espino López

RESUM:

El present treball s'ocupa dels que poden ser considerats com a components militars de la Segona Germania. Posa de manifest que la majoria dels valencians va haver de fer front a dos factors diferents però igualment negatius: d'una banda, en l'àmbit interior, el dur règim senyorial imperant i les contínues exaccions de la Monarquia a causa de les necessitats bèl·liques; i de l'altra, en l'exterior, la constant amenaça militar de la França de Lluís XIV. Aquesta situació ajuda a entendre millor la posició de la societat valenciana davant el nou conflicte que s'acostava, la Guerra de Successió.

Paraules clau: França, societat valenciana, Segona Germania, aspectes militars.

ABSTRACT:

This article deals with the military context of Valencia's Second Germania. It shows that most Valencians had to face two equally unfavorable factors: on the one hand, in the domestic front, the harsh seigneurial regime and the Crown's continuous exactions because of warfare needs; on the other, in the outer front, a permanent military menace from Louis XIV's France. Such situation helps to understand better the position of Valencian society when facing the new, forthcoming conflict, the War of Spanish Succession.

Key words: France, Valencian society, Second Germania, military context.

La memoria histórica de cualquier evento es muy importante, máxime si afecta a muchas personas. La denominada Segunda Germanía ocurrida en 1693 fue un gran acontecimiento que causó un revuelo notable entre las

clases acomodadas y las instituciones de gobierno tanto de la Monarquía como del reino de Valencia, sobre todo porque se cerró en falso al no atrparse jamás al máximo cabecilla, Francesc Garcia.¹ No obstante, cabe hacer de la misma una lectura, si se quiere, más restrictiva, una lectura militar de aquellos sucesos, pues estamos convencidos que el tema, como ya señalara oportunamente Lluís Torró,² no está del todo agotado, especialmente si se lo vincula, como nos proponemos hacer, con una serie de circunstancias que irían desde las presiones militares que sufría el reino de Valencia desde hacía décadas, la nueva disposición del batallón de la milicia del Reino y de la caballería de las guardas del virrey, introducida por el marqués de Castel Rodrigo, así como las operaciones de la armada francesa en el Mediterráneo, que tanto afectarían a la costa valenciana especialmente desde 1691. Los diversos motines anti-franceses a que dieron lugar dichas acciones, así como el malestar por las muchas exacciones económicas que comportaba la guerra, amén de todo un componente anti-señorial –magistralmente estudiado por Sebastià García Martínez y James Casey,³ por lo que no haremos referencia al mismo– que incluiría unas vinculaciones siempre difíciles de rastrear con el bandolerismo, sin duda estuvieron detrás del más importante motín valenciano del siglo XVII.

-
1. En la tercera ocasión en que el Consejo de Aragón trataba un memorial de petición de indulto de Garcia en 1698, el Consejo se lo denegó por ser "...caveza principal del motín que el año de 1694 hubo en los lugares de la Marina de Valencia...". Parece como si, a pesar del poco tiempo transcurrido, la memoria comenzara a fallar, lo que extraña puesto que para el Consejo las acciones de Garcia prácticamente habían conducido a una situación en la que "...estubo para perderse aquel Reyno; habiendo sido forzoso llegar al remedio de las armas para sosegar el tumulto, de que se siguió mucho derramamiento de sangre". El subrayado en el original. Véase, ACA, CA, leg. 579, consulta del C.A., 25-X-1698.
 2. LI. TORRÓ, "Implicacions i conseqüències de la Segona Germania", en VV. AA., *La Segona Germania. Col.loqui internacional*, Valencia, 1994, pp. 161-196, esp. pp. 167-169.
 3. S. GARCÍA MARTÍNEZ, "En torno a los problemas del campo en el sur del Reino de Valencia", en *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Vol. III, La Corona de Aragón en el siglo XVI*, Valencia, 1973, pp. 215-236. S. GARCÍA MARTÍNEZ, "Francesc Garcia y la Segunda Germanía en la Marina Alta", en *1r Congrés d'Estudis de la Marina Alta*, Alicante, 1986, pp. 13-104. S. GARCÍA MARTÍNEZ, *Els fonaments del País Valencià modern*, Valencia, 1968. S. GARCÍA MARTÍNEZ, *Valencia bajo Carlos II*, Villena, 1991. J. CASEY, *El regne de Valencia al segle XVII*, Barcelona, 1981. J. CASEY, "La Segona Germania: perfil d'una revolta camperola", en VV. AA., *La Segona Germania. Col.loqui internacional*, Valencia, 1994, pp. 133-160. No podemos olvidar el estudio de Francisco de P. MOMBLANCH, *La segunda germanía del Reino de Valencia*, Alicante, 1957. Asimismo, J. DANTÍ, *Aixecaments populars als Països Catalans, (1687-1693)*, Barcelona, 1990.

EL COSTE DE LOS SERVICIOS MILITARES DEL REINO DE VALENCIA DURANTE EL REINADO DE CARLOS II

En el caso del reino de Valencia, las Cortes de 1604 y 1626 abrieron el camino a una mayor sangría del territorio –justo en el momento del marasmo producido por la expulsión de los moriscos–, que pasó de ofrecer servicios de cien mil libras en los reinados de Carlos I y Felipe II a otros de cuatrocientas mil en el de Felipe III y, por último, de un millón ochenta mil libras a pagar en quince años en las Cortes de 1626. Además, a inicios de 1631 llegaron órdenes reales de reclutar tres mil hombres (encuadrados en quince compañías de doscientas plazas) en los reinos de la Corona de Aragón.⁴ A partir de 1635 la presión sobre el Reino se incrementó y se tradujo en continuas peticiones de hombres, dinero y víveres para el frente catalán, sobre todo, pero también para Italia. En 1635 se formó una leva de 1.098 hombres, en 1636 se incrementó hasta los 1.560 hombres, que al año siguiente ya eran 2.000 hombres, de ellos 500 de caballería. En 1638 pasaron a ser 1.600 los hombres pagados por el reino de Valencia. Según una relación de gastos, en las levas de 1635 a 1638 se desembolsaron 298.294 reales; mientras que en el embarque de 1.314 infantes castellanos para la armada de don Antonio de Oquendo de 1636 se les asistió con otros 32.950 reales. Para el socorro de Fuenterrabía (1638) envió el Reino 1.522 infantes, pero “sólo llegaron a Ernani setecientos cincuenta y dos”, aunque se gastaron 198.592 reales más.⁵ En 1639, a tenor de las cifras del dispendio, intuimos que se enviaron aún más tropas al frente de Salses –tres levas– y a Italia –una leva. En total, del 12 de mayo al 12 de diciembre de 1639 se abonaron 510.570 reales.⁶

Cuando estalló la *Revolta* catalana, Felipe IV presionaría aún más, y fuera de Cortes, a los valencianos: en 1642 se comprometió el rey a pagar dos mil hombres ofrecidos por el Reino, quienes deberían guarnicionar Tortosa, pasando las tropas que se hallaban en dicha plaza a Monzón.⁷ En 1643 demandó Felipe IV un servicio de 30.000 libras (300.000 reales) para mantener por dos meses un tercio de dos mil quinientos hombres; en 1644

4. ACA, CA, leg. 561, consulta del C.A., 16-II-1631 proponiendo los capitanes aptos de cada Reino.

5. ACA, CA, leg. 558, virrey de Valencia al C.A., 16-III-1639.

6. ACA, CA, leg. 570, “Relación de los gastos...”.

7. ACA, CA, leg. 565, junta de ejecución al rey, 10-VI-1642.

fueron 14.000 libras (140.000 reales) las pedidas para pagar, también por dos meses, a mil doscientos hombres, y en 1645 serán 24.000 libras (240.000 reales) para mantener un tercio durante cuatro meses. Las Cortes de 1645 fueron claves; por un lado, porque los brazos del Reino no dudaron en votar un servicio de 342.000 libras (3.420.000 reales) con el que subvencionar un tercio de mil doscientos hombres por seis campañas, a razón de ocho meses cada una, y 57.000 libras anuales; y, por otro, porque los brazos, en lugar de introducir nuevos impuestos como se había hecho hasta las Cortes de 1626, decidieron “repartir los soldados proporcionalmente entre los lugares del País, de manera que ‘cada poble havia de trametre una quota dels seus habitants a la guerra i cercar els diners per a pagar-los, segons un repartiment que havia de fer una junta representativa del Regne sancer’ o Junta de Leva integrada por electos de los tres estamentos y en la que los jurados, racional y síndico de la capital (...) tenían un peso decisivo”. En la práctica, la formación de dicha Junta significó que desde 1645 la Monarquía ya no necesitó convocar Cortes en Valencia para pedir tropas y dinero para la guerra, sino que se limitará a demandar a la Junta que realizase un nuevo servicio.⁸

Gracias al camino abierto, las contribuciones se mantendrían durante el resto del reinado de Felipe IV y el de Carlos II. Para las guerras de Cataluña y Portugal, el Reino aún aportó hasta 1665 otras 194.000 libras (1.940.000 reales), además del coste de tres mil hombres para la recuperación de Tortosa en 1649.⁹ En una relación más completa de los servicios hechos por el reino de Valencia para la recuperación de Tortosa y Barcelona, se aseguraba que en el primer caso se enviaron 2.173 soldados y en el segundo 1.215, además de diez saetías, trece marineros y catorce artilleros. Por otro lado, el Reino pagó un tercio de novecientas plazas hasta febrero de 1652, pero continuando posteriormente dicho servicio.¹⁰ En 1659 se concedieron seiscientos hombres pagados por seis meses para Cataluña, y una leva para Milán en 1663.¹¹ También se alojaron varios ter-

8. Véanse, S. GARCÍA MARTÍNEZ, *Valencia bajo Carlos II*, Villena, 1991, pp. 283 y ss. y M. VILA, “La aportación valenciana a la guerra con Francia (1635-1640)”, en *Estudis*, 8 (1979-1980), pp. 125-142.

9. ACA, CA, leg. 568, “Relación de la gente del tercio de Valencia”, 1653.

10. ACA, CA, leg. 571, virrey de Valencia al secretario del C.A., I-X-1652.

11. ACA, CA, leg. 559.

12. ACA, CA, leg. 610/2.

cios desde 1660 y se enviaron tropas a luchar a Portugal a partir de 1661.¹² Y, como vemos en el siguiente cuadro, los años del reinado de Carlos II no fueron menos gravosos, equiparándose los servicios de Valencia al de cualquier otro reino de la Corona de Aragón.

Cuadro nº 1. Servicios de tropas pagadas por el reino de Valencia, 1665-1697

AÑO	Nº de tropas	AMBITO
1665	400	Reino
1667	400	Reino
1674	400	Reino
1674	200	Valencia
1675	400	Reino
1675	200	Valencia
1676	400	Reino
1677	500	Reino
1678	500	Reino
1684	400	Reino
1684	500	Valencia
1689	500	Reino
1690	500	Reino
1690	200	Rey
1691	500	Reino
1692	500	Reino
1693	500	Reino
1693	300	Valencia
1694	900	Reino
1695	600	Reino
1696	600	Reino
1697	600	Reino
1697	300	Valencia
1697	150	Alicante

Fuente: S. García Martínez, *Els fonaments del País Valencià modern, Valencia, 1968, pp. 103-125; y ACA, CA, leg. 84, consulta del C.A., 22-VI-1665. Elaboración propia.*

En realidad, tales cifras sólo reflejan el montante humano de los servicios de armas sobre el papel. Por ejemplo, y acercándonos a los años de la Segunda Germanía, entre 1689 y 1692 el Reino se había comprometido con el rey a pagar dos mil hombres en cuatro tercios, pero efectivamente sólo habían salido de Valencia mil quinientos hombres. Una información que seguro interesó en la Corte de cara a futuras reivindicaciones, como permitir hacer levas para Italia en el territorio.¹³ Una reducción de los efectivos del servicio concedido no significa que el coste fuera bajo. Lo cierto es que si en 1689 el tercio sólo tuvo 345 alistados en seis compañías, no por ello hubo de dejar de pagar el Reino, después de hacer una rebaja del salario, 17.200 ducados (cuando el coste original era de 19.800 ducados); en 1690, el tercio alcanzó los 450 hombres encuadrados en siete compañías, pero siendo su gasto de sólo 16.700 ducados al realizarse el servicio mediante recluta y no realizando una leva; es decir, se sirvió con 105 hombres más, amén de una plana mayor de otra compañía, y aún se ahorró el reino 500 ducados. Por ello, los años siguientes se mantuvo la recluta como sistema para realizar el servicio de armas: en 1691 se enviaron a Cataluña 305 hombres, costando 12.600 ducados, cuando en 1689 se pagaron sólo cuarenta hombres más, pero el servicio también costó 4.600 ducados más. Y en la recluta de 1692 se enviaron 400 hombres gastándose 14.000 ducados.¹⁴ A pesar del ahorro, real, efectivo, el Reino hubo de desembolsar 60.500 ducados (665.500 reales) entre 1689 y 1692.

Desde el primer momento, los Electos tuvieron que luchar, a través de la Junta de Leva, con las localidades con dificultades para contribuir al servicio de armas como un mal menor. Por ejemplo, en su carta a los lugares de la Marina que no habían contribuido en 1689, les recordaban que era mejor tener la guerra en Cataluña que no en casa, pues sólo el servicio para recuperar la plaza de Tortosa, desde la que se podía expugnar toda la frontera del Reino, en 1649 implicó el coste de una leva de más de tres mil infantes; por otro lado, y como se verá, en octubre del año anterior, 1688, se había conseguido, con el apoyo del virrey, que Carlos II exonerase de alojamientos de tropas al Reino con la condición de que se realizase el servicio del tercio, “...ab que fent este servici podrem continuar en esperar

13. ACA, CA, leg. 565, Carlos II al duque de Osuna, presidente del C.A., 26-IV-1693.

14. ACA, CA, leg. 565, Electos del Reino a Carlos II, 10-III-1693.

veuren's allaugerats de la caballería, y si no ens faltaran motius per tornarho a suplicar; y bé han experimentat vostres mercès quant costós, perjudicial, daños és un any de aloixament, encara més que molts de estos servicis junts". Para ayudar a realizar el servicio que, recordaban, era voluntario, como si, por serlo, el gasto fuera menor, los Electos consintieron en cobrar en 1690 los atrasos del año previo como si fuese la contribución del año en curso y, asimismo, decidieron reducir el coste de los uniformes de diecisiete a diez libras, rebajando obviamente la calidad de los materiales empleados. Pero en mayo de 1690 se hubo de repetir la circular, pues los lugares de la Marina seguían reacios a contribuir para el tercio, habiendo salido hasta entonces tan sólo 255 soldados para Cataluña de los quinientos comprometidos.¹⁵

Aquellos años, la excusa habitual del propio virrey Castel Rodrigo ante las dificultades para poder pagar el Reino el servicio de tropas concedido al rey fue la extrema pobreza de los pueblos,¹⁶ por lo que los Electos, en carta a Carlos II de fines de junio de 1691, decidieron ampliar los poderes de la Junta de la Leva para que ésta acudiese con mayor rapidez a solucionar cualquier problema relacionado con su servicio de tropas en Cataluña.¹⁷

O en 1693, ante las críticas recibidas del virrey de Cataluña y del Consejo de Aragón por no enviarse completo el contingente de tropas apalabrado, los Electos del Reino achacaron a la extrema pobreza de muchas villas y lugares el hecho de no poder realizar el servicio cumplido de los quinientos hombres. El virrey Castel Rodrigo, por su parte, también lamentó el depender de la voluntad de los pueblos para poder sacar adelante el servicio.¹⁸ Carlos II contestó apremiándole a que con buena maña lo intentase todas las veces que hiciera falta, tratando con los síndicos de los mismos. En concreto, el marqués de Castel Rodrigo remitió varias rela-

15. Electos del Reino, 4-II-1690, en GARCÍA MARTÍNEZ, *Valencia bajo Carlos II*, Apéndice, pp. 429-431 y 440-441.

16. Durante todo el mes de marzo se apremió al virrey a que adelantase la leva, respondiendo siempre éste que la extrema pobreza del Reino lo dificultaba. ACA, CA, leg. 567, virrey al rey, 13-III-1691; orden real, 22-III-1691; consulta del C.A., 28-III-1691; virrey al rey, 3-IV-1691.

17. Los Electos a Carlos II, 27 y 28-VI-1691, en GARCÍA MARTÍNEZ, *Valencia bajo Carlos II...*, Apéndice, pp. 470-472.

18. Por ejemplo, sólo para tratar con la villa de Beniganí y algunas más de su entorno, el virrey envió hasta nueve cartas al asesor de la bailía de Játiva, don Manuel Menor. Éste se distinguió en el motín de Játiva de 1691, evitando que los tumultuarios quemasen la casa del baile Belloch. Véase, ACA, CA, leg. 855/59/1-9.

ciones, una de las 127 localidades que habían contribuido, otra con las 386 que a fines de junio aún no lo habían hecho. Pero lo cierto es que no sólo había problemas para enviar los cien hombres que faltaban para cumplir con el servicio, sino también para mantener incluso los cuatrocientos ya remitidos.¹⁹ Ni que decir tiene, localidades como Carlet, Petrel, Ràfol de Almunia, Cela de Núñez, Orqueta, Jávea, Pedreguer, Denia, Jalón o Muro, complicadas en el movimiento de la Segunda Germanía, no estaban entre las que habían contribuido.

Pero a pesar de todas estas dificultades, ante el peligro de la caída de la plaza de Rosas, la ciudad de Valencia deliberó servir en junio de aquel año con una recluta de trescientos infantes a añadir al resto del tercio en cinco compañías y mientras durase aquella campaña, si bien el rey había demandado un tercio de quinientos infantes pagado por cinco meses.²⁰ Evidentemente, la capacidad económica de la ciudad de Valencia no era la misma que la de muchos de los pueblos del Reino. Además, los alojamientos –y los tránsitos– de tropas eran muy duros de sobrellevar por parte del campesinado. Entre el final de la Guerra de Holanda (1678) y el comienzo de la de los Nueve Años (1689) el Reino hubo de hacer frente en diversas ocasiones a aquella carga. El 30 de mayo de 1679, Carlos II remitió la propuesta de aligerar el servicio del alojamiento de tropas que pesaba sobre el Reino –dos tercios de infantería desembarcados por la

19. ACA, CA, leg. 565, virrey de Valencia al secretario del C.A., 5 y 12-V-1693; Carlos II al presidente del C.A., 25-V-1693; consultas del C.A., 9 y 16-VI-1693; Electos del Reino a Carlos II, 9-VI-1693; virrey al rey, 9-VI-1693; virrey al secretario del C.A., 29-VI-1693. Por aquellos días, los Electos de la Junta de la leva se vieron obligados a escribir a todos aquellos que aún no habían contribuido al pago del servicio de los 500 hombres del Reino, recordándoles que faltaban cien plazas para acabar de cumplir con el servicio, y prometiendo olvidar los atrasos en los que hubiesen incurrido otros años. Los electos de la Junta de la leva a diversas localidades, 15-VI-1693, y carta del virrey a diversas localidades, 17-VI-1693, en GARCÍA MARTÍNEZ, *Valencia bajo Carlos II*, Apéndice, pp. 541-543.

20. ACA, CA, leg. 566, consulta del C.A., 3-VII-1693. El rey quería el mismo servicio que el realizado para el socorro de Gerona en 1684.

21. Las primeras noticias al respecto señalaron que un regimiento alemán con cuatro compañías también debería alojarse en Valencia, respondiendo rápidamente el arzobispo- virrey que ya tenían carga suficiente el Reino, siendo además sus naturales “fogosos y poco hechos a alojamientos”. ACA, CA, leg. 606, consulta del C.A., 13-XI-1678; virrey al rey, 8-XI-1678.

22. ACA, CA, leg. 611, consultas del C.A., 12-23-XI-1678; virrey al rey, 15-XI-1678; ACA, CA, leg. 610, copia de consulta del Consejo de Guerra, 13-I-1679. El virrey explicaba que sólo había habido quejas de tres pueblos por el alojamiento, que debía realizarse según fueros, intentando que

Armada llegados en noviembre de 1678²¹ con 1.600 plazas, pero 2.210 bocas efectivas que alimentar, como dijo el arzobispo- virrey—²² enviando las tropas allí acantonadas a Flandes, si el Reino podía hacerse cargo del coste del traslado, que se estableció en 18.000 libras (180.000 reales), habiendo enviado el rey sólo 20.000 reales para mantenerlos. Dicha asunción era, en el fondo, un nuevo servicio, puesto que el coste del alojamiento y, ahora, también del traslado, se concedía a cambio del pago del tercio provincial con destino a Cataluña que se había realizado en los últimos años, de 1673 a 1678, una permuta que el rey acabó aceptando al conocer la pobreza del Reino. Ahora bien, los propios valencianos consideraban que el alojamiento durante siete meses de aquellas compañías de infantería era más gravoso que el envío de un tercio a Cataluña —a fines de febrero decían que habían gastado ya en el mismo 397.800 reales, a razón de 99.450 reales al mes. Los Electos, en una carta a Carlos II, llegaron a argumentar que en el alojamiento de aquellas tropas “...está gastant molt més que si haguera fet lo servici duplicat, y açó en temps que les ciutats, viles y llochs del Regne estan en tanta pobrea, que per a si soles no les bastava el sustento...”²³

Los ánimos se caldearon cuando, casi sin transición, en marzo de 1680 Carlos II envió dos compañías de caballería con 110 caballos procedentes de Murcia a que se alojasen en el entorno de la ciudad de Valencia, reclamando cebada. El virrey las había requerido para asegurar la tranquilidad pública. Y si bien algunas localidades, como Orihuela, habían consentido en mantener aquellas tropas en su tránsito hacia Valencia, los Electos reprocharon al rey que se había cometido contrafuero y se enfrentaron por este motivo al virrey, quien no sólo tardó mucho tiempo en recibir al enviado del Reino, sino que cuando se presentaron los Electos en embaja-

todas las localidades se compusieran de buena gana con los soldados que alojaban. En realidad, los Electos habían recordado a las villas y lugares que debían hacer el alojamiento según fueros, de modo que muchas lo habían tomado al pié de la letra, quejándose de la carga que se les venía encima. El Consejo de Guerra instaba a la composición de los pueblos, manteniendo las tropas, cuando el de Aragón recordaba al rey que ello no podía ser así. Véase, ACA, CA, leg. 610, consulta del C.A., 30-I-1679. ACA, CA, leg. 817, virrey al rey, 21-II-1679.

23. ACA, CA, leg. 817, Electos a Carlos II, 21-II-1679; consultas del C.A., 28-II y 6-III-1679. El rey, no obstante, intentó presionar en el sentido de obligarles a pagar el servicio de 500 infantes en cuanto se acabaran los alojamientos, volviéndose a negar los Electos alegando pobreza. Véase, ACA, CA, leg. 817, Carlos II al virrey y a los Electos, 20-III-1679 y Electos al rey, 11-IV-1679.

da “...ixqué lo Duch a rebre al Regne quatre peses més afora del retrete, ahont tingué la visita porfiant ab gran afectació a les portes que entrara primer lo Regne, y en aquest dilatat transit ab notable admiració de tots fingí estar provocat a una desmesurada rialla sens tenir motiu algú per a ella, y sens que la modestia y circunspecció dels Eleys li servís de eixemplar per a imitarla...”. Después del comportamiento del virrey, el Reino escribió al rey muy afectado, pero digno, por el proceder inapropiado de su virrey, duque de Veragua. Si el virrey quería asegurar la tranquilidad pública, quizá lo consiguiera reduciendo los robos en la zona de Paterna y Montcada, donde vigilaría una compañía, y en el entorno de Valencia, donde radicaría la segunda, pero desde luego no lo iba a conseguir respecto a los representantes del Reino, a quienes acusó de perturbar el gobierno. En abril, Carlos II escribió a una y otra parte intentando apaciguar a unos, diciéndoles que el virrey había solicitado, rogándolo, que se mantuviesen los caballos por carecer de dinero, y a otro regañó diciéndole que en adelante usara de la cortesía propia que requería el cargo.²⁴ En cualquier caso, el duque de Veragua, descendiente del almirante Colón, se hundió en el gobierno, del que salió aquel mismo año sin cumplir su trienio.

Al mismo tiempo, tras el final de la Guerra de Holanda, Carlos II permitió la leva en Valencia de contingentes de tropas para servir fuera de la Península Ibérica que el Reino, en buena medida, hubo de asumir (el coste de vestir, pagar y mantener el tiempo que hiciera falta hasta su embarque, que a veces se demoraba durante semanas). Por una carta del 1683 sabemos que sólo en 1680 se enviaron a Milán desde Valencia 929 hombres con un cargo de 207.320 reales.²⁵ En el caso valenciano, la doble problemática del bandolerismo más la leva de tropas en el Reino conformaba las dos caras de una misma moneda. En realidad, la recluta comentada se trató de una operación bastante ambiciosa por la que se preveían sacar hasta quinientos hombres por un lado, y unos doscientos por otro, en concreto de la zona de la Marina. Los quinientos primeros se pensaba que po-

24. ACA, CA, leg. 610, Electos al rey, 26-III-1680; virrey al rey, 27-III-1680; Carlos II al virrey y a los Electos, 9-IV-1680.

25. ACA, CA, leg. 564, consulta del C.A., 31-III-1679; consulta del C.A., 5-IV-1679; virrey al secretario del C.A., 11-IV-1679. ACA, CA, leg. 568, consulta del C.A., 24-I-1680; gobernador de Alicante a don Pedro A. de Aragón, 3-III-1680; consulta del C.A., 28-III-1680; virrey a Carlos II, 7-V-1680 y virrey al rey, 30-XII-1681. ACA, CA, leg. 568, Pedro de Cortázar a don Jerónimo Dalmao y Casanate, 30-V y 1-VII-1683.

drían llevarse en apenas dos meses enarbolando banderas de enganche en cuatro ciudades del Reino (Valencia, Alicante, Orihuela y Játiva). También desde la Corte se remitieron patentes en blanco para otros tantos oficiales que debían cubrir los puestos de capitán de las compañías que debían llevar tanto el duque de Gandía en sus estados —en junio de 1680, Carlos II aceptó la salida de Valencia hacia Milán de la cuadrilla del bandido Juan Berenguer, compuesta por ciento veinte sujetos, de los que se dio la filiación completa; ya en mayo, el virrey había enviado otros treinta y cuatro sujetos a Melilla y Orán—, como el asesor de la bailía general de Alicante, don Francisco Pascual de Ybarra. Este último quiso saber algo más de la característica de la leva que debía hacer, contestándosele que lo único a lo que debía atender era a “...sacar todo el número de vandidos que con su industria pueda reducir a que se embarquen” en dirección a Finale. Don Francisco llegó a ofrecer realizar una leva a su costa, de modo que, asimismo, se le permitió levantar bandidos para el ejército no sólo en Alicante, sino también en cualquier parte donde pudiera hallarlos dispuestos.²⁶ En marzo de aquel año, don Francisco escribía ufano a don Pedro A. de Aragón, presidente del Consejo de Aragón, que había conseguido llevar y embarcar doscientos catorce hombres sin las primeras planas, remitiéndolos rumbo a Valencia, donde ya el virrey tenía aprestadas otras cuatro para su envío a Italia. Es más, el virrey intentó que sus capitanes reclutadores pasasen a Alicante en vista de la facilidad con la que don Francisco había hecho su leva.²⁷ Todo indica, pues, que la Marina era una de las zonas del Reino más libres de la acción de los bandidos en los años finales del reinado de Carlos II, por lo que su relación con los sublevados es más que discutible, precisamente, por apenas quedar cuadrillas de los mismos.²⁸

26. GARCÍA MARTÍNEZ, *Valencia bajo Carlos II*, Apéndice, pp. 325-331. ACA, CA, leg. 558, consulta del C.A., 7-V-1680. ACA, CA, leg. 806, Carlos II al presidente del C.A., 19-I-1680; consulta del C.A., 10-I-1680; virrey al rey, 23-I-1680; minuta del C.A. al virrey de Valencia, 6-II-1680; don Pedro A. de Aragón, presidente del C.A., al rey, 3-II-1680; virrey al rey, 13-II-1680.

27. ACA, CA, leg. 806, virrey al presidente del C.A., 5-19-III-1680; don Francisco Pascual de Ybarra al presidente del C.A., 27-III-1680; virrey al secretario del C.A., 12-III-1680; C.A., al virrey, 13-III-1680; minuta del C.A. al rey, 26-III-1680; J. Montflorit, pagador de la gente de guerra, al virrey, 1-VII-1680; virrey al presidente del C.A., 2-VII-1680.

28. Véase GARCÍA MARTÍNEZ, “En torno a los problemas del campo en el sur del Reino de Valencia”, *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Vol. III, La Corona de Aragón en el siglo XVI*, Valencia, 1973, pp. 44-45 y n. 111; asimismo, duras y merecidas críticas al respecto a H. Kamen en p. 59, n. 176 y pp. 69-70, n. 220.

Tras el final de la Guerra de Luxemburgo (1684), el Reino hubo de hacer frente al alojamiento de varias compañías de caballería –quinientas plazas– procedentes del ejército de Cataluña, si bien protestó declarando que debían tenerse en cuenta los servicios prestados y la esterilidad de los tiempos que se vivían.²⁹ Carlos II había justificado la salida de 1.500 caballos de Cataluña y la dificultad de alojarlos todos en Castilla “...por las muchas necesidades en que se hallan, como por los trabajos que han padecido los años pasados de peste y graves enfermedades de éste (que han reducido los pueblos a summa minoración y miseria) no pueden llevar enteramente la carga de esta caballería, y siendo también necesario que quede a distancia de las fronteras de Francia, para que con facilidad pueda acudir a los accidentes que se ofrezcan...”. Pero para que la carga no fuera insoportable, la caballería alojada en Valencia debía estar asistida por la Real Hacienda.³⁰ Al virrey se le dotó con 2.982 escudos de oro (57.254 reales de plata) para su manutención, pero de dicha partida también salió el coste del tránsito de otras compañías hacia Murcia y Jaén, de ahí que la cantidad original se hubiese casi consumido en noviembre. No dejaba de ser una ironía que muchos de los caballos comprados en el Reino para la remonta de la caballería de Cataluña aquellos meses volviesen a su lugar de origen aquel invierno.³¹

El virrey, conde de Cifuentes, que se veía venir una complicación mayúscula, no dejó de manifestarla al protonotario del Consejo de Aragón, marqués de Villalba, señalándole que la pobreza del Reino impedía aquel servicio, no habiendo cebada en los pueblos “y siendo impracticable el poder suplir falta, así por la necesidad y miseria de este país (que V.S. no ignora), como porque no encuentro persona que me quiera suministrar un Real para este efecto...”. Por ello, clamaba por el envío urgente de medios para la manutención de la caballería, que no se mantendría mucho tiempo si sólo iba a contar con un alojamiento según los fueros. La respuesta real fue que no eran quinientas plazas efectivas las que se enviaban, sino que había muchas “menores y desmontados, y los medios para mantenerlas serán muy puntuales...”. Poco después, el virrey insistió en que no tenía dinero para mantener la caballería destinada a Valencia, que no se permi-

29. GARCÍA MARTÍNEZ, *Valencia bajo Carlos II*, Apéndice, pp. 393-394.

30. ACA, CA, leg. 569, Carlos II al presidente del C.A., 2-XI-1684.

31. ACA, CA, leg. 822, consultas del C.A., 2-19-27-XII-1684.

tiese al virrey de Cataluña, marqués de Leganés, enviársela careciendo él de los medios necesarios para hacerlo y que, en su defecto, que se le redujese la carga al Reino enviando menos soldados de caballería a alojar.³² Ya en febrero de 1685 se quejó de que había demandado a la Real Hacienda medios para mantener aquella gente, señalando que apenas había podido aplicar a tales gastos –y a la persecución de bandidos– 33.000 reales que habían sobrado del servicio del tercio de 1684; el Consejo de Hacienda protestó diciendo que para las mesadas de noviembre y diciembre había recibido ya 3.311 doblones de a dos escudos de oro, teniendo prevenidos otros 2.000 para la siguiente mesada, “...y siendo esto así hasta ahora no se experimenta falta, sino sobra...”.³³ Dos puntos de vista claramente enfrentados. La cifra apuntada por la Real Hacienda, según nuestros cálculos, montaba 203.942 reales que, de haber recibido el virrey de forma efectiva, hubiera acabado con sus protestas. Lo que hace más sospechosa la respuesta de Hacienda es que el rey concedió poco después 8.000 reales de plata por un lado, así como otros 22.000 que debía ceder el asentista don José Aguerri a cuenta de lo cobrado el año precedente por la remonta de caballería que realizó.³⁴

Para reforzar su postura, el virrey no puso reparos en que los Electos del Reino le hiciesen llegar a Carlos II sus quejas al respecto. Estos señalaban que tras haber realizado un enorme esfuerzo de guerra desde 1674, redoblado aquel año (1684) con el pago de novecientos soldados en dos tercios, se les agradeciese de aquella manera, no dejando de lamentar que “Totes aquestes fatalitats de fam, contatge y guerres que son la major ruina de una República han deixat a esta ab lo estrem que es pot considerar, y si a elles se seguéis lo de un aloxament en lo estat en lo que al present se troba será la absoluta y última ruina de ses poblacions. Lo que no necessita de més ponderacions que fa evidència”. El rey se limitó a decir que no se podía cambiar sus resolución en aquel asunto, pues la caballería debía salir de la agotada Cataluña, y que daba órdenes estrictas a Hacen-

32. ACA, CA, leg. 569, consulta del C.A., 4-XI-1684; virrey al protonotario de la Corona de Aragón, 19-XI-1684; virrey al rey, 30-XI-1684 y consulta del 5-XII-1684

33. ACA, CA, leg. 822, virrey al rey, 13-II-1685; consulta del C.A., 28-II-1685; virrey al presidente del C.A., 2-I-1685; don Juan de Corral a don José Veitia, 18-I-1685.

34. ACA, CA, leg. 822, consulta del C.A., 26-I-1685 y resolución del rey.

35. ACA, CA, leg. 569, Electos del Reino a Carlos II, 14-XI-1684; virrey al protonotario, 21-XI-1684; consulta del C.A., 28-XI-1684.

da para que se enviase el dinero oportuno antes de la llegada de la caballería a Valencia.³⁵

Dos años más tarde, el virrey continuó clamando por la larga duración del alojamiento de la caballería, que ya se prolongaba veinte meses, sin recibir medios adecuados para mantenerlos. El único alivio fue pasar algunas compañías a perseguir bandidos a Castilla. Pero en los últimos seis meses había tenido que hacer lo indecible para poder dar de comer a los caballos y evitar que muriesen, pues no se recibió cebada alguna, mientras que los oficiales clamaban y los soldados empeñaban sus armas e iban “desnudos”... En dieciséis meses sólo habían recibido dos medias pagas. Lamentaba el virrey todas las controversias que ocurrían entre soldados y paisanos, que sólo tenían obligación de dar “...el cubierto y el huésped...”, y “...no pueden vivir con ese sólo (los soldados) sin innumerables las desgracias que resultan de esto sin que se puedan corregir ni a veces castigar porque entrambos tienen razón”. Pedía el virrey asistencias urgentísimas si no se quería perder aquella caballería, y reconocía el coste enorme que estaba teniendo para el Reino aquel alojamiento realizado, recordaba, tras pagar dos tercios para Cataluña en 1684, asistir al tránsito de tropas castellanas hasta idéntico frente, y después de ajustar la mayor parte de las villas y lugares del Reino un servicio pecuniario con los capitanes y soldados que debían alojar. La respuesta real fue inicialmente que aquellas tropas no podían abandonar Valencia, pero ante la insistencia del virrey, Carlos II dio orden de que se le enviaran por diversas vías 32.000 reales.³⁶ Pero era muy poco dinero. Por ello pidió el virrey a don Pedro A. de Aragón que se aliviase al Reino con la salida, al menos, de la compañía de caballería del comisario general de la misma, muy numerosa y llena de reformados, que incrementaban notablemente el gasto. El virrey temía que ante la esterilidad de aquel año, 1686, y si bien se mudaba dos veces al año las compañías, ocupando cada vez la mitad del Reino, lo cierto es que las composiciones que demandaban eran muy altas y temía que los paisanos se precipitasen “...en recurrir al medio de las armas por no pagar lo que deben”. El virrey explicaba que sólo con maña y buena voluntad se había ido dando salida al negocio sin caer en contra-fuero, pero la situación era

36. ACA, CA, leg. 558, virrey de Valencia al C.A., 20-III y 6-V-1686; virrey al rey, 4-VI-1686; consulta del C.A., 12-VI-1686; virrey al rey, 9-VII-1686; orden real, 9-IX-1686; “Papeles tocantes al donativo que se ha pedido a los títulos del Reino...”, sin fecha, pero de 1684.

insostenible por falta de asistencias, puesto que los paisanos clamaban y los soldados –y sus caballos– se morían de hambre, de modo que “llega a término este alojamiento que lo juzgo impracticable y aún imposible en la continuación”.³⁷ Una situación muy parecida a la de Cataluña que, como sabemos, estallaría entre 1687 y 1689 (*Revolta dels Gorretes*).

Todavía en marzo de 1687, y de nuevo en junio, el virrey volvía a representar la situación, prácticamente en los mismos términos, señalando que si ello seguía así dudaba que en caso de guerra volviera el Reino a enviar un tercio a servir a Cataluña. Aquellas tropas sólo habían recibido en los últimos meses 16.000 reales, cuando se les debía desde el inicio del alojamiento 480.000 reales de sueldos y 80.000 raciones de cebada. El virrey estaba realmente muy alterado pensando que lo peor, un enfrentamiento entre paisanos y soldados, podía ocurrir en cualquier momento. El Consejo de Aragón demandó el envío de numerario urgente a Valencia.³⁸ El rey, por sugerencia del Consejo de Guerra, no aceptó que se sacase la caballería alojada de Valencia dada la cercanía con Cataluña y la facilidad con la que los franceses podían intentar cualquier cosa en la frontera. Con todo, accedió a que saliera una compañía de cien caballos en dos tandas para Orán y que se remitiesen en dos partidas 32.000 y 20.000 reales para la compañía del comisario general. Pero a fines de junio llegó orden de no enviar la compañía de caballería a Orán, dado que el peligro de la armada turca que se había avistado por la zona había desaparecido y la plaza ya estaba socorrida. Tampoco se remitió el dinero prometido, de manera que la agotada población valenciana tan sólo estaba dando como alojamiento a aquellas tropas lo que estrictamente marcaban los fueros, es decir, “cubierto, leña, luz, sal y vinagre, sin tener obligación de dar cebada ni otro alimento para los caballos”.³⁹

A pesar de todas las trabas impuestas para dar una salida al alojamiento de la caballería, el virrey no cejó en demandar más medios, recibiendo poco a poco los 20.000 reales concedidos, ordenando Carlos II reducirse los salarios a cobrar y las raciones a percibir por parte de la caballería. Lo cierto es que se reiteró que en Valencia no había medios para mantener

37. ACA, CA, leg. 561, consulta del C.A., 7-X-1686 y virrey al rey, 15-X-1686.

38. ACA, CA, leg. 561, virrey al rey, 4-III y 17-VI-1687.

39. ACA, CA, leg. 561, consulta del C.A., 26-VI-1687; consulta del C.A., 12-VIII-1687; orden real, 31-VIII-1687.

40. ACA, CA, leg. 561, virrey al rey, 2-IX-1687 y virrey al protonotario, 9-IX-1687.

aquella gente y que de los 32.000 reales asignados a inicios de septiembre el virrey no había visto un solo real.⁴⁰ El caso es que según el conde de Cifuentes se necesitaban 20.000 reales mensuales para mantener aquella caballería, pidiendo aún a fines de septiembre Carlos II al presidente del Consejo de Aragón, don Pedro A. de Aragón, si del “caudal de las receptas de Valencia y Alicante, o de otros efectos prompts...” se podría sacar dicha cantidad.⁴¹ La respuesta del Consejo de Aragón no dejaba lugar a dudas: no había de donde sacar aquel dinero, pues apenas se llegaban a cubrir los pagos que tenían asignadas aquellas rentas. De modo que con aquel panorama difícilmente se podía asistir a la caballería.⁴²

Sólo con el estallido de una nueva guerra podía salir aquella caballería del reino valenciano, como ocurrió, si bien dicha contingencia provocaba automáticamente la petición de nuevos servicios. Lo cierto es que desde mayo de 1689 el virrey, conde de Altamira, recibió órdenes para la remonta de la misma, aplicándose por un lado los 20.000 reales que había pagado Vicente Fita por un caballerato, y esperaba que se le librarían, asimismo, los 186.830 reales de la merced que había hecho la villa de Játiva. En total, para el socorro de las compañías de caballería alojadas, su remonta y conducción hacia Cataluña –que, por cierto, eran todas éstas acciones que dependían de órdenes emitidas desde el Consejo de Guerra y que aún no habían llegado– se contó con un presupuesto de 270.000 reales. Desde inicios de junio comenzaron a salir hacia el Principado, habiendo planificado el virrey de Cataluña, duque de Villahermosa, sus tránsitos.⁴³

Levas/reclutas de tropas, tránsitos y alojamientos de las mismas, una triple, y terrible, presión fiscal que se vería acompañada por las acciones del enemigo cuando hubiese guerra abierta.

41. ACA, CA, leg. 561, rey al presidente del C.A., 24-IX-1687.

42. ACA, CA, leg. 561, consulta del C.A., 1-X-1687.

43. ACA, CA, leg. 562, virrey al rey, 26-IV-1689; virrey al presidente del C.A., 3-V-1689. En concreto, se debían comprar y enjaezar unos cien caballos con un coste de unos 56.000 reales. ACA, CA, leg. 562, virrey al Protonotario, 23-V y 7-VI-1689.

GUERRA Y MOTINES. LA ARMADA FRANCESA EN LA COSTA LEVANTINA

Sin duda, la presencia de numerosos franceses en el Reino, así como las continuas exacciones causadas por las guerras tenidas con Luis XIV llegaron a exasperar a los valencianos. Ya en 1668 la ya de por sí grave problemática del alojamiento de tropas de caballería se mezcló hasta cierto punto con los movimientos acaecidos aquel verano y que tuvieron como protagonistas a los labradores de la huerta y a los trabajadores de la seda valencianos. Según el virrey, las malas cosechas de aquel año y el anterior, unido al malestar entre los trabajadores de la seda, que preveían una importación de material fabricado en Francia tras el final de la guerra, habían hecho que se planease un motín para el 16 de julio "... y que debían tomar resolución de matar a todos los franceses y pedir a la Ciudad con las armas en la mano no se permitiese lo que les es tan dañoso...", es decir, la introducción de géneros de seda. Se quejaba el virrey que la gente de la huerta valenciana podía disponer de hasta "quinze mil arcabuces largos, en quien libran salir a puesto seguro de sus insolencias". Por ello, además de los cincuenta hombres que tenía aprestados para contenerlos, reclamó que se le pusiera a su disposición hasta mil caballos por si se mantenía la alteración una vez descubierta, por suerte, con la antelación suficiente. El Consejo de Aragón no vio con buenos ojos, por el problema que significaría, intentar desarmar a los valencianos a la fuerza, creyendo que con quinientos de caballería que se le pudieran enviar desde el ejército de Cataluña habría suficiente si se mantenía la inquietud de los naturales. Por último, tras escuchar los reparos del virrey de Cataluña, que no quería perder buena parte de su caballería, la regente optó por asegurar al virrey de Valencia que estarían prestos quinientos caballos de Castilla para partir a la Ciudad en caso de peligro.⁴⁴

Observamos, pues, una triple circunstancia que, de cara a la situación vivida durante la Segunda Germanía, se nos muestra como un precedente muy interesante: una población armada; una falta importante de recursos

44. ACA, CA, leg. 580, virrey a la regente, 15-VII-1668; consulta del C.A., 18-VII-1668; regente al virrey de Valencia, VII-1668. En agosto, el Consejo de Aragón dio cuenta a la regente de las ejecuciones de los dos cabecillas principales de la inquietud, Martínez y Messeguer, así como la pena de diez años de cárcel y destierro perpetuo del Reino para el licenciado Gay y la década de galeas, así como el destierro perpetuo -si sobrevivía, se entiende- para Josep Angost.

militares coactivos por parte del poder virreinal, que se podía subsanar con el envío de caballería foránea; y una problemática social que podía enraizarse rápidamente y en la que la presencia de los franceses (como enemigos militares y económicos) iba a ser muy importante.

Asimismo, la pérdida de Puigcerdà y el cañoneo de Barcelona por la flota francesa a primeros de junio de 1678, últimos coletazos de la Guerra de Holanda, hizo que el día 6 de dicho mes por la noche se formase un tumulto en la plaza del mercado lanzando piedras y algunas cuchilladas a los residentes franceses, amenazando con quemarles sus casas; el arzobispo-*virrey* consiguió en primera instancia hacer evacuar la plaza, pero poco después volvieron a insistir los amotinados, presentándose algunos armados, por lo que se vio obligado a enviar la guardia de vigilancia a las bocacalles que daban a la plaza para impedir un mayor movimiento. De madrugada todo había terminado. El Consejo de Aragón supo que hubo dos muertos y algunos heridos, y no simples robos en casas de franceses como en primer instancia informó el *virrey*. El Consejo reclamó el castigo oportuno para no dejar pasar el delito sin reacción por parte del rey. El *virrey* atrapó poco después hasta catorce vagabundos, acusándolos de iniciar el motín, y los envió al presidio de Ibiza.⁴⁵

Un cuidado que iba a ser aún mayor a partir de 1691, cuando Luis XIV decidió jugar a fondo con su Armada en el litoral mediterráneo. Durante el verano de 1691 fueron muy numerosos los avisos de la presencia de la armada francesa en las costas hispanas. En mayo habían llegado, de la parte de Calpe y Denia, sobre el avistamiento de cuarenta y cuatro navíos y cuatro galeras, por lo que el *virrey* dio la alarma a todos los lugares de la Marina. Resultó ser noticia infundada, pues un navío inglés llegó a Alicante para informar a los suyos que se sumasen al convoy de setenta mercantes y defendido por quince bajeles de guerra que se proponía pasar el Estrecho junto con los barcos avistados, que eran un convoy holandés. El hecho de llevar galeras les había despistado, pues la armada francesa las utilizaba. Los ánimos estaban tensos.⁴⁶

Y en julio, la situación aún era peor. Carlos II pidió a su *virrey* en Valencia que las milicias valencianas, o bien parte de las tropas que se levantaban en el Reino para Italia o Cataluña, pasasen a Tarragona a incrementar

45. ACA, CA, leg. 604, *virrey* al rey, 7-21-VI-1678; consulta del C.A., 15-VI-1678.

46. ACA, CA, leg. 556, consulta del C.A., 14-V-1691.

su guarnición para evitar cualquier intento de los franceses. El virrey respondió que le era muy difícil realizar el encargo por falta de dinero, pero, sobre todo, por las quejas que habría en el Reino, dado que a ellos también les podría atacar en cualquier momento la armada francesa. Y, de hecho, para demostrarlo, explicaba que el día 14 de aquel mes habían llegado veintiuna galeras francesas a Camarles, cerca de Los Alfaques, desembarcando gente, y poco después habían sido avistadas entre Tortosa y Vinaroz. El virrey recordaba, asimismo, que debía poner, como había hecho, cincuenta y cinco leguas de costa en alerta, vigilando tres puertos importantes: Peñíscola, Denia y Alicante, y que para tal tarea sólo disponía de las milicias del Reino que, por la Real Pragmática de Felipe IV de 1665, no podían salir de su territorio. Por otro lado, el virrey señalaba que no había más fuerzas defensivas en el Reino que aquellas y que, por lo avanzado de la estación, con la cosecha en marcha, iba a ser de gran perjuicio una movilización general. Además, las tropas que se levaban para Italia sólo eran sesenta hombres, de momento, mal armados puesto que él no tenía medios para remediarlo y la Ciudad había prestado muchas armas al rey y no le habían sido devueltas. De hecho, el virrey intentó que la Junta de la Defensa de la Costa se hiciese cargo del envío de hombres a defender Vinaroz y Peñíscola en caso de ataque. Se dedicaron 20.000 reales a tal menester.⁴⁷

La presencia de la armada francesa a la altura de la ciudad de Valencia, y tras el bombardeo de Barcelona, movió un motín de los habitantes de la Ciudad contra los franceses residentes que obligó a los Jurados a salir a la Plaza del Mercat a sosegar los ánimos la noche del 22 de julio. El *Jurat en Cap*, Pere Esteve Lago, recibió una escopetada en el brazo de uno de los insurrectos. Rápidamente se ofreció una fuerte recompensa de mil libras a quien diese pistas para detener al culpable, al tiempo que se dictaba bando por el que se daban tres días a los franceses solteros y viudos sin descendencia que habitaban en Valencia para salir de la ciudad con pena de cien libras. El virrey, forzado por las circunstancias, concedió otras mil libras y cuatro indultos para otros tantos inculpados, que no fuesen el culpable directo, si aparecía el anterior. Asimismo, proclamó bando por el que los franceses solteros y viudos sin descendencia en el Reino debían aban-

47. ACA, CA, leg. 556, real orden del 11-VII-1691; virrey Castel Rodrigo a Carlos II, 17-VII-1691. GARCÍA MARTÍNEZ, *Valencia bajo Carlos II*, Apéndice, pp. 475-476 y 489-490.

donarlo antes de seis días bajo pena de cien azotes y multa. Tras enviar su informe al Consejo de Aragón, éste señaló que “...este movimiento debe dar gran cuidado aunque se origine por el odio que tienen a los franceses, pues puede pasar a operaciones que pongan en mayor aprieto...”. Pero había más, pues trasciende en esta consulta que el virrey no había sido bien recibido por todos en Valencia, si bien el Consejo creía que Castel Rodrigo había obrado sin tacha y que, si el rey lo cambiaba justo entonces hacía un flaco servicio puesto que no era el mejor momento para hacerlo, dado que cuando llegara el relevo la situación ya habría evolucionado hacia uno u otro lado. Pero hubo tres votos particulares, del marqués de Castelnovo, de don Juan B. Pastor y de don José Rull, que insistieron en el hecho que un virrey malquisto podía incrementar el malestar de la Ciudad, reconociéndose que “...la destemplanza de todos se dirige a la persona del marqués...”, de manera que no sería inconcebible sustituirlo, como ya se había hecho con el duque de Veragua o el conde de Aguilar. No obstante, el rey no se decidió de momento por un cambio que, al final, no se realizó.⁴⁸

Entre tanto, el virrey Castel Rodrigo consiguió explicarse mejor, señalando que tras las noticias de la pérdida de Seo de Urgel a inicios de aquella campaña, comenzaron a esparcirse voces falsas de que los estamentos tramaban algo contra los franceses residentes, pues éstos eran 30.000 –sólo alcanzaban los 2.000 según el recuento que realizó el conde de Altamira en su momento– y pensaban sublevarse; siguió entonces la noticia del bombardeo de Barcelona y el posterior avance de la armada francesa a la vista de la costa valenciana, obligando la situación a tomar las decisiones oportunas en contra de los franceses residentes. Por su parte, la ciudad de Valencia comenzó a cobrar algunas contribuciones a los franceses moradores, caldeando los ánimos cualquier medida que se tomase, pues parecía redundar en la idea de que, realmente, el momento era de mucho peligro. Pero el día 23 de julio llegaron noticias del inicio del bombardeo de Alicante, que duraría hasta el día 29, por lo que el virrey, aconsejado por los ministros de la Real Audiencia, no se atrevió a desalojar a la gente que llenaba el mercado, por evitar que se transformase el tumulto en motín, mientras que ordenó que las compañías de caballería del Grao de Valencia y de Púzol acudiesen a la Ciudad, así como su propia guardia, y vigilasen, sin

48. ACA, CA, leg. 590, consulta del C.A., 27-VII-1691.

atreverse a repartir armas entre las compañías de Valencia. Según el virrey, los jurados de Valencia no quisieron escuchar sus razones y las de las demás autoridades presentes –gobernador, baile, ministros de la Real Audiencia– entrando a desalojar la gente arremolinada en el Mercat “...y haciendo alarde de llevar sus escopetas cortas (que en semejantes lances detrahen la autoridad) y habiendo intentado despejar algunos, estos se resistieron...”, creándose entonces un gran tumulto “...que les puso a todos en notable confusión, y hubo también pedradas y escopetazos...”, fue entonces cuando el *jurat en cap* intentó frenar un nuevo tropel de gente que venía hacia el Mercat y recibió el escopetazo que ya se ha comentado, que, según esta versión, ocurrió la noche del día 23. Poco más tarde, el virrey ordenó que las compañías de caballería recorriesen la ciudad para aquietarla. El día 24 convocó el virrey hasta seis compañías de caballos más, “...para que fuese más poderosa la fuerza que la autoridad, pues aunque toda esta inquietud la origina el encono a los franceses y el deseo de hombres de poca obligación de lograr la oportunidad para cometer robos y otros insultos, y hasta ahora no ni hay conciliábulos, premeditaciones ni tratados como lo manifiesta el suceso de haberse encendido estas inquietudes de noche y haberse desecho a breve espacio, y si hubiera cabezas y tratado son se hubieran desvanecido hasta la luz del día; sin embargo, si ahora con el remedio fuerte no se ataja creciendo las hostilidades de la armada de cada crecerían estos desasosiegos”. Evidentemente, el virrey quería dar el asunto por zanjado y añadía que consultó con la nobleza que halló presente –el marqués de la Casta, el conde de Elda, el marqués de Villatorcas– y todos pensaban que no había nada que no se hubiera hecho. “Esto es en suma lo que ha pasado y me diera menos cuidado si careciéramos del incentivo de los sucesos de Cataluña y de la Armada que renuevan las inquietudes...”⁴⁹

Lo cierto es que, a pesar de las medidas tomadas por el virrey, los jurados de Valencia se quejaron a Carlos II de que el marqués de Castel Rodrigo no había reaccionado a tiempo, permitiendo con su inoperancia que el disturbio acabase en motín, porque en más de una ocasión el pueblo llano de Valencia había intentado degollar a los franceses habitantes de la ciudad, y sólo los jurados lo habían impedido, pues aquella vez el virrey ni siquiera

49. ACA, CA, leg. 590, virrey al rey, 25-VII-1691.

había salido de su palacio. Para conseguir una mayor fuerza a sus pretensiones, los jurados escribieron también a la reina madre Mariana de Austria.⁵⁰

El 28 de julio Carlos II escribió a su virrey aprobándole todo lo realizado hasta el momento y ordenando a los valencianos que cooperasen para lograr el bien común.⁵¹ Pero no parece que los ánimos se hubiesen calmado, pues en carta del mismo día el virrey explicaba a Carlos II que con cada nueva noticia, verdadera o falsa, que llegaba de Alicante se producían nuevos conatos de tumulto, no siendo el menor agente de los mismos los propios jurados que, como última decisión arrogante, aquel mismo día habían tratado de formar un tercio “...en que militasen estudiantes y nombrasen cabos, cuy anoticia me tiene sumamente dolorido porque habiendo sido los estudiantes la parte más principal de los tumultos de las dos noches (y siempre lo han sido en quantos han sucedido en esta Ciudad) los ponen en estado de no poderlos sosegar en ningún tiempo. Todo esto lo ejecutan sin mi permiso y sin mi noticia...”. Para evitar males mayores, el virrey había dispuesto que la milicia sólo estuviese alistada, pero sin pasar muestra, para evitar repartir armas a la plebe, no creyendo que fuese ninguna gran idea armar, por contra, a los estudiantes, aunque existiese el precedente de su alistamiento cuando la invasión de Tortosa por el ejército franco-catalán; para Castel-Rodrigo “...pero ahora para estorbar el desembarco sobran tercios como fueran de veteranos y todos son de más provecho que los estudiantes, y más los de esta escuela que la mayor parte es de los que estudian artes...”. El virrey lamentaba que con su actuación los jurados sólo estaban consiguiendo envalentonar a los estudiantes y darles alas para mantenerse levantiscos.

Asimismo, el virrey informaba del tumulto ocasionado en Játiva por “...la gente ínfima y pasó formando motín a prorrumpir contra el bayle don Pedro Belloch y Borja, ministros y demás gobierno...”, entrando al día siguiente los amotinados en el convento del Carmen y matando a un francés refugiado allá, si bien se sosegaron poco después; no obstante, el virrey envió a Játiva al lugarteniente de baile general, don Carlos Pérez de Sarrió, que había sido gobernador de Játiva, con orden de juntar las compañías de caballos de la Ribera. Tras estas nuevas, los consejeros marqués

50. GARCÍA MARTÍNEZ, *Valencia bajo Carlos II*, Apéndice, pp. 476-481. ACA, CA, leg. 590, jurados de Valencia al rey, 24-VII-1691.

51. ACA, CA, leg. 590, Carlos II al virrey, 28-VII-1691.

de Castelnovo, Pastor y Rull, a los que se añadió el marqués de Laconi, pidieron el relevo del virrey, pues era obvio que estaba en muy mala relación con los valencianos y ahora, incluso, cabía la posibilidad que con las noticias de haber malestar también en Játiva podía extenderse la intranquilidad.⁵² El rey, en cambio, volvió a escribir a su virrey aprobándole todo lo que había hecho, sobre todo con “la blandura que pedía la estación del tiempo”, y señalándole que no había aceptado el ofrecimiento del duque de Gandía, que disponía de 3.317 hombres y algunos de caballería, para ayudarle a sujetar a los valencianos, como había señalado su hermano, don Francisco de Borja, regente del Consejo de Aragón. ¿Hubo un intento de que el nuevo virrey de Valencia fuese el duque de Gandía? El caso es que el rey no dejó pasar la oportunidad e insinuó a su virrey que tratase con el duque por si éste estaba interesado en levantar un tercio para servir en Cataluña aquella campaña.⁵³

El 11 de agosto la ciudad de Valencia escribió a Carlos II quejándose de la versión de los hechos que había dado el virrey, negando haber alistado, o tratado de hacerlo, a los estudiantes. Es más, el 14 de agosto los electos de los tres estamentos volvieron a escribir al rey señalándole que temían que volviesen a producirse incidentes por haberse divulgado que muchos de los franceses solteros no habían salido, sino que estaban escondidos y que a otros se les había permitido regresar con el beneplácito de los ministros del rey. El virrey se defendió diciendo que los franceses, en vista de la situación, ya habían procurado por su cuenta poner tierra de por medio; es más, algunos habían sido atacados durante su viaje y asesinados –al menos lo fueron tres o cuatro–, sin poder hacer más por ellos, salvo reiterar las órdenes ya dadas. Castel Rodrigo argumentaba que tenía todas las tropas defendiendo la Costa y no podía desviar esta gente a vigilar la salida del Reino de los franceses, si bien había procurado que marchasen agrupados. El rey se decidió por enviar a seis leguas al interior el territorio a todos los franceses residentes en Valencia y en la zona de costa, si bien esperó un informe del virrey que explicase las consecuencias de aquella medida. Éste no pudo dejar de señalar que el poco comercio que había, resintiéndose la

52. ACA, CA, leg. 590, virrey al rey, 28-VII-1691; consulta del C.A., 30-VII-1691.

53. ACA, CA, leg. 590, Carlos II al virrey y al duque de Gandía, 31-VII-1691.

caja de guerra, así como el desarrollo de muchas labores, dependía de los franceses en buena medida, dada la despoblación del Reino.⁵⁴

El caso es que el virrey, al sentirse con las manos más libres que en el caso de Valencia, actuó de forma contundente contra los amotinados en Játiva, explicando que “...en Valencia el riesgo fue grande y el insulto ninguno, curando la tolerancia entonces lo que después enmendó el rigor; y en Alicante fue más confuso y compadecible el exceso porque nacido de la turbación y originado del despecho; pero en Játiva donde con menores motivos excedió la impiedad del pueblo hasta los sacrílegos desacatos de manchar los sagrados templos con horroroso sin respeto al venerabilísimo sacramento en cuya presencia vecindad se mataba”, de modo que para agosto de 1692 ya tenía sentenciadas treinta y siete personas, diecinueve presos y los demás ausentes; de los presos se ejecutó a dos personas, tres se condenaron a pena de azotes y otras cinco se enviaron a galeras, al resto le cupo en suerte otras penas.⁵⁵ El virrey quería enviar inmediatamente a galeras a los condenados a las mismas, puesto que en las cárceles se les morían de hambre al no tener dinero para mantenerlos, y además en las galeras servían. El informe se vio en el Consejo de Aragón, que alabó la eficacia del virrey acabando con los tumultos, si bien el marqués de Castelnuovo volvió a la carga en contra del virrey de Valencia, acusándolo por un lado de tener atemorizado a todo el mundo en el Reino, “...pues ninguno de sus moradores se atreve a defender, ni a proponer su razón (si es contra el gusto del que gobierna) porque teme se execute en su persona una violencia con el escarmiento de ver continuadas tantas, y de que no [h]ay seguridad para que quien las padece o las teme las ponga (sin riesgo de otra mayor) en la noticia de V. Mag. o en la de sus ministros...”. Castelnuovo acusaba al virrey de violar, incluso, la correspondencia dirigida a la Corte.⁵⁶ Y, por otro lado, también acusaba al virrey Cas-

54. ACA, CA, leg. 590, jurados al rey, 11-VIII-1691. Leg. 842, electos de los tres estamentos al rey, 14-VIII-1691; virrey al rey, 28-VIII-1691; consulta del C.A., 15-IX-1692. El rey dio ordenes para que todos los franceses vagabundos de los reinos de la Corona de Aragón y Navarra que se atrapasen fuesen enviados a un presidio. Véase, ACA, CA, leg. 842, orden real, 28-XII-1692.

55. Algunos ya habían sido condenados en febrero de aquel año al presidio de Mesina, que el virrey había cambiado por el de Porto Longone, por estar aquél saturado de reos. ACA, CA, leg. 581, virrey al rey, 18-II-1692; consulta del C.A., 28-II-1692.

56. El virrey acusaría en 1692 al marqués de Busianos (Pedro Ignacio de Valda Figuerola Pardo de la Casta), correo mayor del reino de Valencia, de ser persona demasiado joven y alocada, jugador empedernido de juegos prohibidos, además, e incapaz de sacar adelante la tarea encomendada, llegando, incluso, a quedarse con el dinero que debían cobrar sus empleados. El marqués llegó a ser

tel Rodrigo de una cierta dejadez con los bandidos, cuyas cuadrillas habían vuelto a incrementar su número y entraban impunes en los arrabales de Valencia, incluso. El marqués de Castelnovo ponía como ejemplo de eficacia al conde de Altamira, virrey durante el trienio de 1688 a 1690, quien terminó con las cuadrillas de bandidos en Valencia, una tierra que "...como produce trigo y cebada brota también delinquentes, pues la semilla destes es casi inextinguible en todo aquel distrito". Por último, Castelnovo culpaba al virrey de usar medidas extrajudiciales para castigar a los bandidos apresados, pasando de doscientas las personas tan levemente condenadas, y pedía a Carlos II que no creyese simplemente en sus palabras, sino que buscarse de manera reservada los testimonios oportunos en el reino de Valencia.⁵⁷ El rey demandó al Consejo de Aragón "las noticias ciertas que tuviese del estado en que está el Reyno de Valencia y la administración de justicia".

Y tras el bombardeo de Alicante, el virrey hubo de defenderse de unas primeras voces que criticaban el hecho de no haber ido personalmente a socorrer dicha ciudad. El virrey se justificó alegando que desde el corazón del Reino tenía que velar por sesenta leguas de costa, y en todos los puntos susceptibles de ser atacados se obró con determinación lo más adecuado, como en el caso de Vinaroz o Peñíscola, habiéndose puesto en contacto con el obispo de Tortosa para tal fin. Quienes le criticaban no tenían en cuenta que hubo de buscar a su crédito hasta mil libras para la defensa de Alicante, cuando Valencia sólo había ofrecido dar quinientas, o de las dos mil ofrecidas por los lugares de la Costa sólo habían remitido efectivas setecientas, de modo que por este lado no se le podía reprochar nada. Aseguraba que los ministros de la Real Audiencia le disuadieron que, desde el día 14 de julio, momento en el que llegó la armada enemiga a Los Alfaques, paseándose poco después por el litoral valenciano a la vista de los puertos más importantes, fuese a cual-

condenado a destierro en Talavera de la Reina y luchó un año en el frente catalán para obtener el perdón. Pero en su defensa, él también acusó al virrey Castel Rodrigo de imponerle un teniente de correo mayor de su confianza que detenía y despachaba las estafetas cuando le convenía al virrey. Sus explicaciones no convencieron y el 28 de junio de 1692 el rey le envió carta al correo mayor conminándole a que cumplierse su cometido. Pero, como se ha dicho, fue desterrado finalmente con el cargo de ser valedor de bandidos, solución que buscó el marqués para evitar la presión de sus acreedores. En febrero de 1694 el Consejo de Aragón consideró la posibilidad de permitir el retorno del marqués a Valencia para cuidar de su esposa que había perdido un hijo durante el destierro de su marido, pero con la advertencia de que si volvía a las andadas acabaría en Orán. De todas formas, el asunto fue muy turbio. Véase, ACA, CA, leg. 581/1/1-71, numerosos papeles al respecto. 57. ACA, CA, leg. 581, virrey al rey, 12-VIII-1691; consulta del C.A., 29-VIII-1691.

quiera de ellos a prevenir su defensa, puesto que no debía abandonar el gobierno efectivo del Reino. Por otro lado, los días 22 y 23 de julio se produjeron alborotos en la ciudad de Valencia, de modo que no podía desatender entonces sus obligaciones en la capital, comenzando a tener noticias ciertas del bombardeo de Alicante el día 25. En buena medida, si pudo tomar aquella decisión fue porque incluso los habitantes de Orihuela, enfrentados a los alicantinos, en aquellas circunstancias enviaron 1.300 hombres a defender la desembocadura del Segura e impedir a la armada francesa hacer aguada, "...y quedó el cuerpo de guardia de aquella ciudad de eclesiásticos"; también se portaron muy bien Villena, Jijona, Almansa y Yecla. Con la tranquilidad de que las milicias de la zona ayudaban al gobernador de Alicante, y tras enviarle al marqués de la Casta como apoyo, el virrey pensó que cumplía mejor con su obligación quedándose en Valencia y esperaba que las calumnias vertidas contra él cesasen. El Consejo de Aragón le aprobó sus resoluciones y lo mismo hizo el rey. Por algunos borradores de esta consulta del Consejo de Aragón sabemos que se llegó a tratar una vez más la destitución del virrey, pero más bien en el sentido de no consentir que por la opinión de los comunes y los Electos de los Tres Estamentos lo hiciese Carlos II.⁵⁸

El invierno de 1691-1692 fue de un cierto nivel de nerviosismo e inestabilidad en Alicante. Por ejemplo, el gobernador de la plaza le reclamó al virrey la presencia de una compañía de caballería del ejército de Cataluña aquel invierno para continuar con las pesquisas acerca del motín contra los franceses ocurrido aquel verano, puesto que "los desórdenes... necesitan para ser castigados no sólo de la averiguación y cuidado de los ministros, sino también de fuerza en las execuciones por ser tanto el número de los delinquentes en particular en esta ciudad...". El virrey consultó con el rey al respecto.⁵⁹ La idea de que se necesitaba caballería foránea para frenar a los valencianos, como vemos, fue muy redundante.

58. ACA, CA, leg. 674, virrey al rey, 31-VII-1691; consulta del C.A., 8-VIII-1691; gobernador de Orihuela al rey, 4-VIII-1691.

59. ACA, CA, leg. 557, gobernador de Alicante al virrey de Valencia, 11-XI-1691.

¿FUERZAS PARAMILITARES? EL BATALLÓN DE LA MILICIA DEL REINO Y LA COMPAÑÍA DE LAS GUARDAS DEL VIRREY

¿Con qué medios coactivos contaba el virrey de Valencia? ¿Eran suficientes? El caso es que desde fines de 1684 el virrey había aprovechado la presencia de la caballería alojada en el Reino para efectuar algunos servicios con la misma, utilizándola profusamente para evitar el bandidaje; pero cuando con el inicio de la guerra en Cataluña desde 1689 hubo de ser remitida de nuevo al Principado, el virrey conde de Altamira, con el total apoyo del Consejo de Aragón, debió suplir de alguna forma su ausencia. El servicio “policial” efectuado por la caballería tendría mayor continuidad, alegaba el virrey, si, además, los integrantes de la caballería de la guarda estaba compuesta por foráneos, poco dados, pues, a atender parcialidades valencianas. El virrey Altamira señaló en abril de 1689 que disponía de dos compañías de la guarda, una de caballería con veinticuatro soldados, que cobraban cinco sueldos al día, otra de infantería de veinticinco soldados, con un estipendio de cuatro sueldos al día, así como un capitán, que cobraba quince libras al mes, y un teniente con un sueldo señalado de diez libras (poco más tarde quiso subirlo a veinticinco y veinte escudos al mes, respectivamente, aceptándosele). El montante anual de la compañía era de 30.000 reales, y con dicha cantidad era imposible sufragar los caballos, armas, municiones y uniformes de los soldados. El virrey proponía sufragar dicha cantidad, que saldría de la cuenta de los contrabandos, pero reduciéndose el contingente a capitán, teniente, alférez, veinticinco de a caballo y ocho de a pié, dejando cien libras anuales para la remonta de la caballería. Lo más importante, debía habilitarse un cuartel para dichas tropas que permitiese su rápida movilización y actuación, por ello se decidió tenerlos alojados en los propios accesos del palacio virreinal.

El Consejo de Aragón, analizando la propuesta inicial de 1689, tan sólo señaló que si los sueldos del capitán y el teniente de las guardas iban por la caja de guerra, debían salir de los emolumentos que, como ayuda de costa, recibía el virrey (40.000 reales). De todo lo demás, felicitaban al virrey por sus desvelos. El rey estuvo de acuerdo en todo. En mayo y junio de 1689, el virrey adquirió caballos para la remonta de su compañía de la guarda, comprando veintiséis y, asimismo, le pidió al virrey de Cataluña

que le remitiese armamento de caballería (veintiséis carabinas y otros tantos pares de pistolas) para dichas tropas, cosa que éste hizo.⁶⁰

Pero, tres años más tarde, se imponía la remonta de la compañía, así como la compra de una casa aldeaña con el palacio virreinal a modo de cuartel de la misma. El rey dio permiso para que del derecho de maridaje por su nueva boda se realizasen estos gastos por valor de 1.100 libras valencianas. El problema había surgido al hallarse “tan estrechos los soldados, los oficiales mal aposentados sin comodidad de separación para los enfermos, las caballerizas del Real ocupadas de sus caballos y las familias de los soldados mezcladas con los lacayos y cocheros del virrey”, cuando, además, el servicio continuado persiguiendo a los facinerosos agotaba antes los caballos, uniformes y armas que en la propia campaña, con todo un invierno para reposar. Finalmente, el virrey Castel Rodrigo halló una casa en las huertas cercanas a Valencia más a propósito para cuartel que la primera comentada, que tendría un coste más alto por encontrarse en la Ciudad.⁶¹

El otro instrumento con el que pudo contar el virrey Castel Rodrigo era el batallón de la milicia del Reino. Tras el bombardeo de Alicante de julio de 1691 la reacción, por parte tanto del virrey como de las instituciones valencianas, fue rápida: ante la constatación de que “...las armas enemigas de Su Majestad... infestan por todas partes las fronteras y Reynos de su Real Corona, y la falta de medios con que se hallan los reales cofres para asistir con levas de soldados voluntarios a tantas provincias, como es necesario guarnecer, y que los batallones de las milicias efectivas de infantería y caballería que para suplir la referida falta en este presente reyno de Valencia se han formado en diferentes ocasiones se hallan sin disposición de poder acudir a las ocasiones impensadas, de las que pueden ofrecerse cada día, por no haberse acabado de formar con la perfección que se requiere, como se experimentó en la invasión que el año pasado hizo la Armada de Francia... después de haber premeditado la materia..., deliberamos que se suprimieran y extinguieran todos los batallones de infantería y caballería que había formados con nombre de milicia efectiva de la defensa y custodia del Reyno, y se formarán otros de nuevo, dando provi-

60. ACA, CA, leg. 558, virrey al rey y al C.A., 19-IV-1689; virrey de Valencia al C.A., 31-V-1689; virrey al rey, 7-VI y 19-VII-1689.

61. ACA, CA, leg. 557, informe del C.A., 5-V-1692. ACA, CA, leg. 558, orden real, 13-V-1692; virrey al rey, 20-V-1692.

dencia en todas las cosas y cabos de que se necesita, según la ocurrencia de los tiempos, para que se mantengan con buen orden, disposición y disciplina militar, de suerte que de su asistencia y auxilio se pueda confiar la defensa de este reyno en todas las ocasiones...”. Carlos II aprobó el 26 de marzo de 1692 la formación de este nuevo modelo de milicia efectiva según el plan que le envió el virrey Castel Rodrigo justo un mes antes; la Real Pragmática Sanción creando este nuevo batallón se imprimió con fecha 28 de abril de 1692 y constaba de 6.000 soldados de infantería y 1.300 de caballería a repartir entre los habitantes del reino. En su carta, Carlos II insistía en que ante un peligro como el vivido en julio del año anterior, en la milicia valenciana “...ni los maestros de campo sabían de sus tercios, ni los capitanes de sus soldados, sin que ninguna de las pragmáticas pertenecientes a la formación de la milicia efectiva publicadas por muchos de vuestros antecesores... estuviera en observancia, ni pudiera tenerla...”, por lo que la reforma se imponía.

Dicho batallón se iba a formar exceptuando la milicia de la propia ciudad de Valencia y la de los lugares vecinos a la costa, los cuales tendrían, por razones obvias, que acudir en bloque a su defensa; la idea era formar ocho tercios, cada uno de diez compañías de 75 plazas, es decir, de 750 soldados, sin contar la plana mayor, estando ésta formada por un maestre de campo, un sargento mayor y dos ayudantes, además de los capitanes, alféreces y sargentos correspondientes. Sus plazas de armas serían Segorbe, Castellón de la Plana, San Mateo, Alcira, Játiva, Alcoy, Onteniente y Orihuela. Todos los vecinos, sin casi excepciones, aptos para el manejo de las armas de entre 18 y 50 años entrarían en un sorteo, realizado dentro de los diez primeros días del año, para servir durante un año en esta milicia; una vez efectuado el servicio quedaba la persona exenta para nuevas convocatorias hasta que todos los vecinos hubiesen servido; asimismo, de cada casa sólo saldría una persona elegida. Aquellos que tuviesen un cargo público servirían en otra ocasión, pues también se estatúa que no se podría enviar al servicio a un suplente. Cada mes de marzo y octubre se realizarían los oportunos alardes, en fechas propicias y previamente anunciadas, para dotarse de la pericia militar necesaria.

Por su parte, el batallón de caballería de 1.300 plazas debía repartirse en cuatro trozos y, a su vez, éstos se subdividirían en treinta y nueve compañías. Cada trozo estaría dirigido por un comisario general y sus plazas de armas serían: Torrente, Castellón, Játiva y Orihuela. Se reclutaría entre

los más aptos de cada lugar y que tuviesen los mejores caballos; su servicio duraría cuatro años y no se podía cambiar por el servicio en la infantería. La compañía estaría formada por seis oficiales y treinta y seis soldados. También se harían dos alardes anuales, en marzo y septiembre, cobrando exactamente igual que las compañías de la caballería española.⁶²

Las primeras reacciones fueron buenas. En mayo se pidió al virrey que cada año se hiciesen dos alardes generales con la nueva formación, y en julio de 1692 éste informaba que el alarde parcial (a causa de ser tiempo de cosecha) de tres de los tercios (Alcira, Segorbe y Onteniente) había sido muy positivo, acudiendo todos los oficiales, incluidos los de las compañías exentas de estos tercios (se eximió a las que se encontrasen a más de dos días de marcha del punto de encuentro); lo único negativo fue que “De armas está algo falta la gente, pero de aquí a la muestra del otoño se irán proveyendo como permitieren las fuerzas de los labradores”.⁶³ Pero cuidado, se trata de armas militares, evidentemente, nadie se presentaría con las armas prohibidas que pudiera tener en su poder.

Aprovechando el embarque de parte del contingente de tropas del tercio del Reino para Cataluña, el virrey organizó una parada militar: “...También tuve presente que estando ya la Pragmática de Milicias para publicarse... convenía que estos oficiales inexpertos vieses formar una plaza de armas con observación de todas las formas militares que deben guardarse en ella, a cuyo fin la dispuse componiéndola de dichos cuatrocientos infantes de las dos compañías del reino y de otras dos de las de la huerta que sirvieron de dragones o arcabuceros, y con las de mis guardias se juntó un corto pero luzido número de gente alusivo a mayor cantidad, pero suficiente para imitar todos aquellos movimientos de una marcha, líneas, blancos y demás proporciones como se executó vistosamente a común contentamiento de estos naturales, vivísimos y marciales, y les llenó la idea de modo que todos con suma fineza concurrieron con cuanto supe desear... con que se tuvo un día célebre y utilísimo al consuelo de todos los que con tal cariño sirven a V. M. en demostración que deja averiguado y visible el efectivo empleo de la contribución del Reyno que es lo que deseaba demostrar a la

62. ACA, CA, leg. 559/43, “Real Pragmática sacción, para que en este reyno de Valencia se forme un nuevo batallón, con nombre de la Milicia efectiva de la Custodia del Reyno...”, Valencia, V. Cabre-ra, 1692. GARCÍA MARTÍNEZ, *Valencia bajo Carlos II*, Apéndice, pp. 493-525.

63. ACA, CA, leg. 559/43, consulta del C.A., 21-V-1693; virrey a don José de Haro, 15-VII-1692.

gente vulgar, porque no toda difiere igualmente a los síndicos y sus virreyes”. Castel Rodrigo, a pesar del corto número de gente, pero atendiendo a su calidad y la necesidad de realizar aquel alarde, y nunca mejor empleada la palabra, ante la sociedad valenciana en pleno, no dudó en montar a caballo y ponerse delante de la misma, “...y llevé a la gente por el lugar donde recibió la bendición de este santo arzobispo que en todo luce su zelo y llegué en la marcha hasta el grau donde echa una salva a la salud de V.M. se embarcó la gente en brevísimos instantes abrigada de las alas de caballería sin más cuidado contra las fugas...”⁶⁴ Toda una ceremonia.

Un despliegue semejante realizó el virrey para proteger el centro del Reino, más acá del río Júcar, de los embates de los agermanados un año más tarde.

LA SEGUNDA GERMANÍA: ASPECTOS MILITARES

Casi desde el primer momento, el movimiento del campesinado de las tierras del Sur valenciano estuvo, como no podría ser de otra forma, muy relacionado con los reveses de la guerra contra Francia. Un agente del duque de Gandía, Gaspar Pujalt, informaba en febrero de 1693 que mantuvo una conversación con don Ventura Ferrer, gobernador de Játiva, afirmando éste que podrían aquellas disensiones que se comenzaban a manifestar tener un origen mayor, “...que tiene entendido que por los lugares de las montañas se difunden estas pretensiones del vulgo impresas, y siendo así se debe discurrir sean máximas del francés, para que introducida esta cizaña y considerados díscolos los ánimos de esta gente nos venga este verano por estas playas y halle en vez de enemigos que le ofendan amigos que le introduzcan, y este recelo se corrobora con la voz que por la Marina se esparce de que si no salen con su intento se darán al francés, para cuya prevención Don Ventura ha dado providencia que se pongan en forma los castillos de Denia y Altea...”⁶⁵ Desde luego, las defensas de la costa valen-

64. ACA, CA, leg. 591, virrey al rey, 29-IV-1692; consulta del C.A., 2-V-1692.

65. ACA, CA, leg. 580, don Gaspar Pujalt al duque de Gandía?, 18-II-1693. Según S. García Martínez, Pujalt, cuyo nombre no cita, era un agente del duque de Gandía. Véase, GARCÍA MARTÍNEZ, “En torno a los problemas del campo en el sur del Reino de Valencia”, en *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Vol. III, La Corona de Aragón en el siglo XVI*, Valencia, 1973, p. 230, n. 55.

ciana se encontraban, en general, en un estado si no deplorable, sí muy al límite de su capacidad defensiva. Pero, ¿podemos creer realmente en un componente quintacolumnista por parte del campesinado de los señoríos de la Marina? Desde luego, quien primero propagó la noticia fuera del ámbito donde supuestamente circulaba fue aquel que, en un momento dado, más se podía beneficiar de una operación de castigo en la zona, es decir, el propio don Ventura Ferrer.⁶⁶ Lo cierto, como veremos, es que el miedo a una operación conjunta con los franceses iba a existir y, en descargo de las autoridades valencianas, habría que recordar, como ellos hicieron en alguna ocasión, el precedente catalán durante la *Revolta dels Gorretes* (1687-1689).

Por otro lado, la reacción del virrey Castel Rodrigo desde el primer momento fue reprimir con caballería los desórdenes habidos en los pueblos. En febrero envió a don Ventura Ferrer a tomar al síndico de Petrés, arrestado "...por ser uno de los principales promovedores de esta inquietud, imbiando a aquel lugar una partida caballos para igualarle en la pena del alojamiento pues lo está en el de delito".⁶⁷ La represión comenzó a dar sus frutos y para mediados de abril decía el virrey que de momento tenía ya detenidas a veinticinco personas entre las cárceles de Játiva y Valencia, manteniendo en la zona levantisca un cuerpo volante de caballería al mando del doctor don Dionisio Sánchez "...para acudir con celeridad a cualquier contingencia". Se quejaba el virrey, de paso, que los señores afectados por el malestar de sus vasallos no habían colaborado en los gastos enormes que comportaba el conducir la situación por un buen cauce, de modo que pedía al Consejo de Aragón que tuviese en cuenta aquella novedad pues los gastos no perdonaban.⁶⁸ Pero tampoco cejaban los campesinos en sus pretensiones, sumándose también los vasallos del conde de Carlet que, para atajar su ejemplo, vieron cómo les enviaba el virrey a don

66. Ferrer había recibido del virrey Altamira en 1690 la plaza de consejero permanente de "capa y espada" en la Real Audiencia de valenciana, plaza que aún no se había hecho efectiva a inicios de 1693, siendo pues la represión de aquel movimiento algo lógico y oportuno no sólo por convicción ideológica-estamental, sino también por el más puro interés personal en su promoción. Véase, GARCÍA MARTÍNEZ, "En torno a los problemas del campo en el sur del reino de Valencia", *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Vol. III, La Corona de Aragón en el siglo XVI*, Valencia, 1973, pp. 42-43, n. 100 bis.

67. ACA, CA, leg. 580, C.A., al virrey, 25-II-1693.

68. ACA, CA, leg. 580, virrey al secretario del C.A., 14-IV-1693.

Antonio Pujades con cuarenta caballos para que prendiese a los cabecillas... El 12 de mayo informaba que ya estaba hecho.⁶⁹

Por su parte, Francesc Garcia, el alma del motín, parece que volvía a inquietar los ánimos de los naturales desplazándose de noche y asegurándose que llevaba orden para el virrey de que éste dejase libres los presos, e iba pidiendo dinero, una de las críticas que le haría el virrey, tratándolo de hacerlo pasar por desaprensivo.⁷⁰ Quienes no daban síntomas de necesitar ayuda eran los religiosos de Valldigna, que, según el custodio de los capuchinos, habían encarcelado a las gentes del pueblo tratándoles de amotinados, resaltando el hecho, escandaloso para él, de “hir sacerdotes llenos de armas”.⁷¹ Aseveración que nos hace pensar una vez más en el despliegue habitual de armamento en el seno de la sociedad valenciana de la época.

En junio, Garcia mantenía sus pretensiones en la zona de Gandía, de donde le llegaban al virrey noticias por parte de su gobernador, M. Pérez Pastor, de una supuesta proposición al rey, por parte de Garcia, que todos los lugares del Reino que están “conferidos y coadunados que son en número de ochocientos han ofrecido darán un tercio vestidos y pagados y que quien lo agencia son dos frayles franciscos a quienes se les ha ofrecido tres mil ducados de limosna para la Casa Santa”. Es más, Garcia les había dicho a los diversos pueblos que no pagasen hasta que él hubiese tratado este negocio con el virrey, quien tenía órdenes del rey de concluirlo, y hasta de ofrecerle escolta de seis soldados. Los de Villalonga, por su parte, ajustaron con los demás pueblos a amotinarse en caso de que se detuviese a alguien más, mientras que habían acordado que matarían al gobernador de Játiva, “o a lo menos le atarán a un árbol, si se atreve a prender a alguno”.⁷² Noticia extraña cuando se mezcla con un despacho recibido por Castel Rodrigo en el que se le señalaba que debería mirar de enviar a servir a Cataluña a todos aquellos inculpados que se pudiesen perdonar.⁷³

69. ACA, CA, leg. 580, virrey al secretario, 5-12-V-1693.

70. ACA, CA, leg. 580, virrey al secretario del C.A., 19-V-1693. En carta de julio se referirá el virrey a Garcia como “...el que trujo la primera carta al señor duque de Osuna con que ha engañado a aquella gente bozal para sacarles su dinero [h]asta dar con ellos en tan gran despeño...”. Véase, ACA, CA, leg. 581, virrey al secretario el C.A., 14-VII-1693.

71. ACA, CA, leg. 579, fr. Salvador de Valencia al virrey, 2-VI-1693. Reclamaba justicia para los encarcelados.

72. ACA, CA, leg. 580, virrey al secretario del C.A., 23-VI-1693.

73. ACA, CA, leg. 581, virrey al secretario del C.A., 23-VI-1693.

El virrey se encorajinó con Petrés, puesto que si bien a fines de junio había escrito que pensaba que lugares como aquel, pequeños y más cercanos a Valencia, podían ajustarse con facilidad con la sola presencia de la caballería y "...la descomodidad del alojamiento...", el caso es que para el 7 de julio ya lo puso en práctica, informando Castel Rodrigo que la gente de Petrés había sido castigada tras disponerse "...que una partida competente sitiase el lugar...", llevándose presos a casi todos los vecinos remisos a pagar. Otros pueblos estaban ya decidiéndose a pagar en vista de cómo evolucionaba la situación, pero, entre tanto, hizo llamar a don Ventura Ferrer, que ya había llegado, "...para conferir los medios más seguros y eficaces de reducirles o castigarles...".⁷⁴

Los hechos se precipitaron a partir del 9 de julio. Dicho día el gobernador de Gandía, Pérez Pastor, se había trasladado a Villalonga a apresar a algunos tumultuosos que se negaban a pagar los frutos al duque de Gandía una vez iniciada la cosecha, cuando vieron llegar una muchedumbre de cuatrocientos hombres; con la gente que llevaba, tras asegurarse que no iban a desertar, les hizo cara durante tres horas, enviando los de Villalonga una persona del lugar a parlamentar con los tumultuarios, consiguiendo que se retirasen. Pero a la salida del gobernador del pueblo, inmediatamente entraron en Villalonga hasta 1.500 hombres y la mañana del día 10 le aseguraron que eran ya tres mil "...con tambores y banderas, apellidando vivan los pobres y muera el mal gobierno...". Los amotinados le enviaron mensaje de que debía soltar a los presos o, de lo contrario, pasarían a quemar los lugares del duque de Gandía. Pérez Pastor aseguraba que tenía más miedo a los vasallos del duque que a la gente del motín, por ello reclamaba medios para hacer frente a los mismos, pues habían jurado que matarían a todos los representantes de la justicia.

En carta del día 11, Pérez Pastor le reclamó al virrey una rápida actuación militar antes que los sublevados consiguiesen más adeptos, otros mil hombres de la Marina: "...esta gente necesita de prompta invasión para evitar que se les junte más, pues con 300 cavallos y otros tantos hombres de bien de a pié se puede prometer feliz sucesso, pues es gente sin pericia militar, y la tercera parte o más sin armas". Eso sí, él tampoco se hallaba a gusto, necesitando municiones y balas para la artillería. Es significativo

74. ACA, CA, leg. 580, virrey al secretario del C.A., 30-VI y 7-VII-1693.

cómo tuviese muy claro que el cabecilla fuera “Francisco García del Rafol, y sólo él va a caballo; la resolución que llevan es pasar por la puente de Alzira barcas de Riola y de Albalat y juntarse a Sueca”. Señalaba que aquellas noticias habían llegado de la mano de los Tarrazonés⁷⁵ de Villalonga, “...que son diez hombres que están en desgracia del Duque mi Sr., y les he dado guíaje por la necesidad que tenemos de gente...”. “...Toda la gente desta Ciudad está animosa; si tenemos socorro para salir a darles un Santiago y tengo bastante artillería y guarnición para resistirnos algún tiempo, y en todos los portales he puesto pedreros cargados con balas de mosquete, y se vienen huyendo de los lugares mucha gente a refugiarse a esta ciudad y tengo dado orden que luego que hagan vista les tiren con la artillería sin dexarlos arrimar”. Las últimas noticias eran que “la Germania” iban en dirección a Miramar, Rafelcofer y demás lugares de aquel contorno, “...y van cogiendo los ganados y comiéndose quanto [h]ay”.⁷⁶ Como vemos, de la cifra de cuatrocientos tumultuarios se pasa a la de mil quinientos e, incluso, tres mil hombres a los que se sumarían otros mil más; quedándonos con esos mil quinientos hombres y el aserto de que sólo dos tercios llevaban armas, dicha información implicaba que hasta mil hombres armados estaban dispuestos a seguir adelante, justificándose las disposiciones defensivas de Pérez Pastor pero, sobre todo, justificándose el propio Pérez Pastor pues los agermanados avanzaron el día 11 de julio hasta la derecha del río Serpis e, incluso, sin entrar en Gandía, le obligaron, finalmente, a entregarles los presos. Al día siguiente, con la noticia que las tropas comandadas por don Ventura Ferrer avanzaban hacia ellos pasaron hasta la baronía de Beniatjar. El día 13 siguieron por Otos, Carrícola, la baronía de Bélgida y Adzaneta, si bien el día 14 retrocedieron y pasaron la noche en Muro y alrededores.⁷⁷

El virrey reaccionó enviando aquel mismo día a don Ventura Ferrer con treinta soldados de su guardia y otros treinta de las compañías de caballería del Grao y Moncófar, con órdenes para que les siguiesen las compañí-

75. Véase sobre los Tarrazó, GARCÍA MARTÍNEZ, “En torno a los problemas del campo en el sur del Reino de Valencia”, *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Vol. III, La Corona de Aragón en el siglo XVI*, Valencia, 1973, p. 59, n. 176.

76. ACA, CA, leg. 581, gobernador de Gandía al virrey, 10-11-VII-1693.

77. GARCÍA MARTÍNEZ, “En torno a los problemas del campo en el sur del Reino de Valencia”, en *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Vol. III, La Corona de Aragón en el siglo XVI*, Valencia, 1973, pp. 221-222.

as de infantería Játiva, Castellón, Alcira, Carcagente y Algemesí, y la demás gente que pudiese añadir por el camino, así como la compañía de caballería de Játiva. Al considerar que "...la parte principal y sana de este Reyno es de acá del río Xúcar y que teniéndole asegurado le quedava el distrito de Valencia y que convenía asegurar los puentes y las barcas de modo que sin quitar el comercio se impidiese que los amotinados los cogiesen...". Se protegieron Cullera y Alcira e hizo que el trozo de caballería del conde de Carlet, que era el de la huerta de Valencia, cubriese a las tropas de infantería que vigilaban los puentes de Cullera y Alcira, hasta que juntó unos cien caballos, ordenándoles que avanzasen hacia Gandía, mientras don Ventura Ferrer marchaba el día 12 de julio con quinientos infantes y trescientos caballos, sin contar la caballería de Játiva. A esta ciudad mandó ir al trozo de caballería de Orihuela, mientras el virrey cubría las espaldas de todos con la caballería de Castellón de la Plana, "...con ánimo y esperanza de deshacer este enemigo de los montañeses y amotinados que por casero y osado puede dar más cuidado que otro cualquiera menos interior". A algunos oficiales con experiencia militar los envió a guardar las plazas de Altea, donde había alguna artillería, y Denia, mientras a Gandía remitió "cinquenta arrobas de pólvora y treinta de balas que me ha prestado la Diputación...". Aseguraba el virrey que se había procurado hacer todo lo posible para atajar aquel asunto sin inquietar demasiado al rey, cuya prioridad era Cataluña, razón por la que debía operar con aquellas milicias, "de que puedo hacer poco caso", sin pedir tropas, pero que llegada la necesidad, si no se atajaba pronto el asunto, "...será forzoso ajustarse como se pudiera [h]asta que al i[n]vierno [h]aya gente sobrada con que castigarlo y reprimirlos". Estas perspectivas tan sombrías, que obviamente podrían resaltar las acciones del virrey en caso de victoria, no las tenía, precisamente, el encargado de darle dicha victoria, don Ventura Ferrer.⁷⁸

En su primera misiva relatando su particular "campana", Ferrer aseguraba que el cura y el baile de Castelló del Duque le pidieron misericordia para los amotinados, señalándole que se calmarían con un indulto general, pero inmediatamente después le dijeron que ya eran cinco o seis mil los sediciosos, como haciéndole ver su fuerza y que era preferible el pacto, envalentonándose el gobernado de Játiva al decir que sólo habría

78. ACA, CA, leg. 581, virrey al secretario el C.A., 14-VII-1693.

indulto si se deshacía el tumulto; de todas formas, no creía Ferrer que hubiesen alcanzado tales fuerzas pues, en lugar de acercársele, se le iban alejando al avanzar él con “...400 caballos y otros tantos infantes todos bien armados y de bella calidad, dos piezas de campaña, municiones y algunos víveres...”. Ferrer demandó los doscientos caballos del conde de Carlet para dejar cien en Castelló del Duque y otros tantos en Denia para asegurar la villa e inquietarles. Ferrer parecía realmente muy tranquilo no temiendo enfrentarse entonces a los amotinados en aquel sitio, en las cercanías de Albaida, que era llano y donde podría evolucionar con facilidad. Pensaba que con cien caballos podía irrumpir en cualquier lugar y controlar la situación, que debía acabar pronto para poder dar un escarmiento y, al mismo tiempo, poder mantener la gente que habían desplegado. Ferrer pidió la presencia de un verdugo para dar tormento, digamos, que de forma profesional, pues a “...uno que ha traído una carta sin firma...” se tuvieron que valer de “...apretalle los dedos en una caramía”, y al final “...no ha sido lo que se presumía...”.

En la carta del día siguiente, 14 de julio, Ferrer aseguraba que el maestro de sus sobrinos había estado con los agermanados y si bien aquéllos decían que eran tres mil, éste último pensaba que sólo quedaban mil quinientos por los muchos que, a pesar de la pena de muerte impuesta por sus líderes, se huían. Ferrer, además, pudo comprobar cómo uno de los dirigentes se le ofrecía para ser perdonado él y su parentela, no aceptando tal propuesta el gobernador sino era entregándole a los cabecillas García y Navarro. Estaba convencido de la victoria pues los amotinados era gente “...ruin y sin orden”, de manera que cargándoles con la caballería, si el terreno lo permitía, con la primera acción espada en mano tendrían suficiente, o bien sacándoles de su sitio con la artillería si el terreno les favorecía a ellos.⁷⁹

El día 15 por la mañana en Cela de Núñez, tras pernoctar en Albaida, donde dejó su artillería que le retrasaba la marcha, una señal de la victoria que esperaba, se le unieron a don Ventura tropas de infantería de dicha localidad –cien hombres–, de Játiva, Algemesí y Carcagente, quedándose allá las tropas de estas dos últimas localidades al estar agotados sus hombres, si bien la compañía de caballos de Algemesí marchó con la de Játiva

79. ACA, CA, leg. 581, don Ventura Ferrer al virrey, 13-14-VII-1693.

va, “...que ha hecho milagros, como el marqués de Malferit, su comisario general, que si a olvidarse de cumplir con la obligación de su puesto, pareció que peleaba como el más valiente soldado, y las compañías de caballos de Carcagente y Alzira, Castellón y la Henova que quando no pudieron obrar con los caballos arrojavanse por las peñas por perseguir a esta gente”. Decía que infantería tenía mucha –de Onteniente, Beniganí, Ollería, Luchente y Albaida, que situó en la retaguardia–, y a la compañía de caballería del Grao la colocó de modo que “...degollase a los que huyesen, pero fue tan superfluo que quando los detuve para formarles quisieron embestir conmigo, porque no les dexava pelear, en particular los azules de V. Exc., que dexan de ser hombres y parecen leones...”. Según S. García Martínez, entre caballería (520 hombres) e infantería (877 hombres), el gobernador Ferrer pudo disponer de 1.397 soldados⁸⁰ que, si se enfrentaron a unos 1.500 hombres –o, incluso, tres mil, según el virrey–⁸¹ peor armados y sin una mínima disciplina militar, tenían la victoria asegurada

Decía don Ventura que entonces llegaron dos emisarios de los sublevados, el rector de Albaida con Vicente Alonso, de Muro, a decirles que querían entregar a Garcia y pedían el perdón para todos; por su parte, consultó con los demás jefes de su ejército pareciéndole que los sublevados llegaban a cuatro mil (ahora que veía la victoria no le importaba elevar su número) y que si se fortificaban en Muro les tendrían que poner sitio regular, controlando los lugares cercanos con caballería (de Concentaina, Lorcha, Albaida, Penáguila) para evitar que se aprovisionasen allá, haciendo pregón de que las localidades que les ayudasen sufrirían el mismo castigo que Muro y Lorcha, de modo que toda la Marina se sosegaría también y no habría derramamiento de sangre. Los interlocutores fueron a tratar con los sublevados la entrega de Garcia, por quien Ferrer intercedería ante el virrey, pero al poco regresaron diciendo que no había ajuste y que los habían querido matar. Entonces se entabló la pelea, a pesar de las primeras órdenes de Ferrer pidiendo sosiego, por cuatro partes a la vez, “...con

80. GARCÍA MARTÍNEZ, “En torno a los problemas del campo en el sur del Reino de Valencia”, *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Vol. III, La Corona de Aragón en el siglo XVI*, Valencia, 1973, p. 70.

81. Sobre el número de agermanados, véase GARCÍA MARTÍNEZ, “En torno a los problemas del campo en el sur del Reino de Valencia”, *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Vol. III, La Corona de Aragón en el siglo XVI*, Valencia, 1973., pp. 68-69, n. 218.

muchos arcabuzazos, pero con tan gran felicidad que habiendo muerto de ellos diez o doce y herido otros tantos y pescándoles la bandera y preso 43,⁸² no nos han hecho más daño que [h]aver herido ligeramente a un soldado de V. Exc. y herido de muerte al caballo de don Fernando y otro del Rei; y aunque por este desorden nos podían [h]aver derrotado, nada se hubiera logrado sin él por la prisa con que huían, y sino tienen tan cerca los montes tan ásperos donde se retiraron no queda ninguno”.⁸³ El alborozado virrey vio en la intercesión divina el origen de tamaña victoria, dada la desproporción de las fuerzas, “...puesto que el haver derrotado tres mil hombres armados con sólo las milicias y cinquenta soldados pagados no puede ser obra [h]umana, sino disposición divina y más con la celeridad que se ha executado, pues habiendo sido la soblevación el día 10 puedo [h]oy avisar a V. M. quedar desbaratada y con parte del castigo merecido”.⁸⁴

Pero aún no habían terminado las operaciones. A la jornada siguiente intentó don Ventura Ferrer buscar la pugna con el resto de los amotinados que se hallaban en la zona y, a pesar de que obró en terreno no apto para hacer jugar su caballería, a los primeros disparos los agermanados se deshicieron. El virrey Castel Rodrigo estaba convencido que gracias a su bando, donde se perdonaba a todos los participantes salvo los cabecillas, la movilización se iba diluyendo. También informó de cómo el trozo de caballería de la huerta de Valencia, al mando del conde de Carlet, fue a alojarse a Villalonga, donde se inició la conmoción, y creyendo sus vecinos que iban a castigarlos, se amotinaron junto con los del lugar vecino de Lorcha, y queriendo investirles el conde, al iniciarse la primera escaramuza su gente comenzó a desmayar “forzándole a que se retirase y dejase sin castigo su osadía”. Por ello, don Ventura Ferrer fue con sus tropas a alojarse en Villalonga y Lorcha, consiguiéndolo sin problemas y sosegándoles a todos gracias al perdón casi general concedido. Pensaba el virrey que se debía ir con cuidado, pues se sabía que uno de los promotores del motín había ido a las tierras más allá del Júcar a conmoverlas, por ello decidió

82. Según el arzobispo de Valencia, una vez producido el choque “...con los comuneros y que de éstos han quedado muertos más de veinte y otros heridos y quarenta prisioneros, y que los otros se han retirado huyendo a lo áspero de los montes”. Véase, ACA, CA, leg. 581, arzobispo al rey, 17-VII-1693.

83. ACA, CA, leg. 581, don Ventura Ferrer al virrey, “Llegó día de Nuestra Señora del Carmen a las oraciones”.

84. ACA, CA, leg. 581, virrey al rey, 17-VII-1693.

dejar a don Ventura en la zona con tropas escogidas –y que pudiera alojar el territorio–, desmovilizando al resto, procurando que no le ocurriera lo mismo que al conde de Carlet. Los presos del choque del primer día llegaron el día 21 a Valencia. Pidió el virrey dar las gracias al arzobispo por su actuación, pero no dejó de señalar el papel jugado por algunos curas como promotores, en parte, de la sedición.⁸⁵

Castel Rodrigo quiso, a pesar del mal ejemplo dado por las tropas del conde de Carlet, recompensar a todos los oficiales que habían participado en la operación, recordándole a Carlos II que en caso de un ataque de la armada francesa, sólo se contaba con la Milicia del reino para su defensa.⁸⁶ Es curioso cómo una vez pasado lo peor parecía que era necesario volver a hablar de los peligros de la armada enemiga (don Ventura Ferrer también lo haría, como veremos). Muy pronto tomó la decisión el virrey de averiguar por qué medios podría incrementar la presencia de tropas de caballería fijas en el Reino dependientes de su persona. Castel Rodrigo consideraba como el mejor medio para intentar mantener el orden en Valencia que desde el ejército de Cataluña se le enviasen cincuenta hombres de caballería mandados por dos cabos de escuadra; una cantidad que apenas se notaría en el Principado, pero “...para este Reyno es un socorro opulentísimo...”, dado que la alternativa de enviar un número de tropas nutrido en régimen de alojamiento a Valencia no sólo conllevaba su destrucción, sino también la imposibilidad de servir el Reino con su tercio la campaña siguiente.

En memorial del 21 de julio dirigido al virrey, la Real Audiencia de Valencia achacaba el motín al “ardimiento que con nativa propensión acalora sus espíritus [de los naturales] y de la epidemial ligereza con que en todas las provincias impele las conmociones populares la ojeriza que tienen sus individuos contra los magistrados y gobernadores...”, recordando la revuelta de los labradores de la huerta valenciana en 1663 y los motines anti-franceses habidos en todo el Reino en 1691. Según los ministros de la Real Audiencia no era solución confiar en el batallón de la milicia del Reino para sofocar cualquier intento de motín, pues su falta de pericia militar y, de hecho, la propia naturaleza de su recluta hacía que fuesen fuerzas que, ante las dificultades de una campaña, la añoranza de sus casas y, en

85. ACA, CA, leg. 581, virrey al rey, 21-VII-1693.

86. ACA, CA, leg. 581, virrey al rey, 21-VII-1693.

definitiva, su excasa profesionalidad acabasen desertando antes de poder ofrecer un buen servicio al virrey, el cual tuvo que excusar aquel mal (la deserción) para evitar engrosar el número de los amotinados. Por ello, sólo si disponía de tropas profesionales podía el virrey estar seguro que sus disposiciones militares se cumplirían y se desarrollarían al pie de la letra.

Según la Real Audiencia, fueron los cincuenta caballos de la guardia del virrey los que llevaron el peso de la acción dirigida por don Ventura Ferrer, "...poniendo desde luego en fuga a los enemigos y provocando con su ejemplo a los soldados provinciales a que imitaran su valor". En cambio, cuando el conde de Carlet y don Vicente Milán con su trozo de caballería del batallón de la milicia fueron a castigar a Villalonga se encontraron con que sus hombres "...a los primeros arcabuzazos se retiraron infamemente poseídos del miedo, o sugeridos de su dañada intención de que daban testimonio las voces que se les oyeron al tiempo de la marcha y confl[i]cto, y no contentos con estas indignidades al otro día se mancomunaron diciendo se les diera licencia para volver a sus casas, o que sino se la tomaban ellos...". Por ello, don Ventura vio reducido su contingente, cuando aún se podía recelar, a tan sólo cien caballos y otros tantos de infantería, lo cual pudo dar alas a los amotinados al ver que las fuerzas desplegadas se contraían tan rápidamente. Una realidad que se agravaba por el hecho que tanto Francesc Garcia como Josep Navarro no habían salido del Reino y podían, con facilidad, volver a conmovier los ánimos de sus vecinos.

La Real Audiencia estimaba que, como se ha referido, sólo con el envío de tropas competentes al Reino –cincuenta caballos del ejército de Cataluña– se podía aspirar a mantener la seguridad en el mismo –y ello incluía la persecución de los bandidos. Su presupuesto sería de 45.000 reales al año que, añadidos al coste de la guardia del virrey, elevarían la suma a 77.500 reales anuales, con otros desembolsos adicionales de 15.000 reales para el traslado de dicho contingente a Valencia y de 10.000 reales para la remonta, armas, uniformes, etc., necesarios.⁸⁷

87. ACA, CA, leg. 581, virrey al rey, 21-VII-1693; memorial de la Real Audiencia al virrey, 21-VII-1693. Los ministros de la Real Audiencia preveían que los efectos para estos gastos saldrían aquel año y el siguiente del beneficio que dieran los batimientos de 100.000 libras de vellón y 25.000 de plata que se habían ajustado mediante asiento con Pedro Thomas y, desde 1695, los 77.500 reales anuales se deberían sacar de los efectos de las salinas de Alicante.

Una semana después del choque, informaba don Ventura Ferrer de cómo iban aquietándose los ánimos de muchos lugares tumultuados, dando muestras de arrepentimiento y yendo a buscar el indulto concedido. Por su parte, en determinadas localidades dejaba algunos soldados de vigilancia, pues le habían llegado noticias de que Francesc Garcia continuaba emponzoñando el ambiente a base de reivindicar sus derechos y turbando de nuevo a la gente, tarea en la que estaba siendo ayudado por algunos frailes y curas. Con todo, algunos curas párrocos, como el de Onteniente, don Francisco Colomer, le aseguraban que la mayor parte de las gentes estaban engañadas y habían actuado sin malicia. Ferrer propuso que la justicia actuase rápido con los presos, estimulando así a presentarse a quienes todavía no lo habían hecho, pero también asegurarles a todos que serían escuchadas sus reivindicaciones por los canales habituales de la justicia. Al mismo tiempo, informaba que se proponía dejar la caballería del Grao y de Moncófar, así como la guarda del virrey, los famosos azules, repartidos entre Jalón y Muro, donde estaría el gobernador de Concentaina con órdenes de obrar con maña y sin arriesgarse, de manera que si necesitaban refuerzos que se lo hiciesen saber. Acusaba don Ventura al rector de Ondara de ser "...muy estrecho de los franceses de Denia y pondera mucho las cosas favorables de Francia...".⁸⁸

El Consejo de Aragón, días más tarde, esperaba tener más noticias de todo lo ocurrido para poder tratar con propiedad del asunto, pero ya adelantaba que le parecía correcta la actuación del virrey, y también la de don Ventura Ferrer; de todos modos, había que ver si realmente todo terminó, pues "...en territorio montañoso y de la mala calidad que es el de la marina de aquel reyno pueden volver a commoverse aquellos vasallos...". En voto aparte, el presidente, duque de Osuna, el marqués de Castelново y don Martín F. Climent aprovecharon la circunstancia para señalar que "...atendiendo a que el virrey cumple a primeros de noviembre y que padece la desgracia de hallarse mal visto de todos los comunes y particulares, convendrá que V.M. se sirva tenerlo presente para destinarle a su tiempo sucesor, pues con esto se puede esperar se quieten aquellos ánimos, y que la esperanza de nuevo gobierno facilite la de que se mejore el estado de aquel reyno...". Tanto Castelново, como Cli-

88. ACA, CA, leg. 579, don Ventura Ferrer al virrey, 22-VII-1693.

ment y don Francisco de Borja también señalaron –y aquí cometieron un error puesto que, si no tenían datos para querer elogiar lo realizado por el virrey, tampoco los tenían para criticarlo– que la situación en la Marina había empeorado, dado la fragoso del terreno y siendo “...el natural de los valencianos tan vengativo...”, amén de que habían disparado contra la milicia valenciana, lo que parecía indicar que ya no les importaban las consecuencias.

En la consulta del Consejo del día 28, cuando ya habían llegado los informes enviados el día 21 desde Valencia, los consejeros dieron por buenas las disposiciones tomadas por el virrey hasta el momento en que don Ventura Ferrer decidió dar batalla formal sin acabar de valerse de otros medios para terminar con la revuelta, “...tanto más no habiendo concurrido provocación alguna o hecho de armas, ni más que la resistencia a las primeras persuasiones y partidos ofrecidos, que como gente engañada pudo no abrazar, y con igual facilidad mejorar de dictamen si por medios proporcionados se hubiese insistido...”. El Consejo desautorizó el incremento de la caballería fija del rey en Valencia, pues creían que tenía un coste desproporcionado –no contando tampoco con medios en el Reino– para el servicio que daría, pues una vez calmados los ánimos, con los cincuenta caballos con los que se contaba por entonces había más que suficiente para controlar la situación. En realidad, creemos que el propio éxito de la represión fue el principal argumento, aparte del económico, para no incrementar las fuerzas reales en Valencia, además de la sensación de desconfianza en sus vasallos por parte de Carlos II que podía acarrear una medida como aquella. El Consejo pidió a Carlos II que Castel Rodrigo dejase el cargo una vez finalizado el trienio.

El marqués de Ariza, el de Tamarit, don José Ozcariz, el marqués de Laconi, don Pedro Fraso y don Juan de la Torre en voto particular demandaron que constase su aprobación de todo lo realizado tanto por el virrey como por don Ventura Ferrer, pues consideraban que era mejor una rápida y contundente demostración de autoridad que no un ejercicio de blandura como el que parecía promover el arzobispo (su enviado, el padre Fuster, había hallado los ánimos de los soliviantados ya quebrados a causa de la represión, de modo que la tranquilidad lograda era más mérito de las acciones de Ferrer que de la intervención divina). Propusieron, en cuanto al negocio del incremento de la caballería presente en Valencia, donde no

había con qué pagarla, que se esperase al final de la campaña de Cataluña por si se podían enviar algunas tropas. El rey respondió agradeciendo lo realizado por el virrey y por Ferrer.⁸⁹

Dos semanas después del choque de Cella de Núñez, el virrey Castel Rodrigo se vio obligado, dado que no todos volvían a pagar los derechos a los propietarios, y algunos ni siquiera trabajaban, a enviar dos compañías de caballería, una para sujetar la Marina y otra la zona de la montaña, valiéndose para mantenerlas (y poder dar el pan de munición, pólvora, balas y otros gastos) del dinero extraído de los diversos donativos que se demandaban por entonces para asistir al frente catalán, esperando que pronto don Ventura Ferrer podría socorrerlas oportunamente en Játiva. De esta manera pensaba el virrey evitar que su alojamiento perjudicase a las villas y lugares que se habían mostrado fieles en los disturbios pasados. Por otro lado, Castel Rodrigo continuaba temiendo un nuevo alzamiento armado de aquella gente, sobre todo si la armada de Francia hacía de nuevo acto de presencia en aquellas costas, como en 1691, recelando, al mismo tiempo, que nuevos motines se sucediesen (como los de Valencia, Alicante o la misma Játiva), sólo que entonces carecía de fuerzas suficientes para impedirlos y, al mismo tiempo, enviar los refuerzos que le pedía el gobernador de Alicante para evitar un posible desembarco si la Armada francesa actuaba como en 1691. El virrey Castel Rodrigo volvió a demandar con urgencia cincuenta caballos del ejército de Cataluña para asegurar mejor el control del Reino. El rey señaló su alegría al ver cómo “las villas y lugares reales se portan con suma fineza en el aloxamiento y otros gastos que se ofrecen, y que aunque alguna gente que vais disponiendo se aloxe en los lugares movidos no puede ser mucha, porque dividida no pudiera estar segura, y que como toda es de milicias no podrá durar sino bien tratada...”, pero, a pesar de ello, quería que el virrey enviase todo lo recaudado a Cataluña. Este se comprometió a enviar las cuentas de lo gastado y reponerlo.⁹⁰

A primeros de agosto, y tras analizar los anteriores informes del virrey y de la Real Audiencia, el Consejo de Aragón estimaba que la conmoción había terminado, pero que persistía un cierto malestar que el virrey debía,

89. ACA, CA, leg. 581, consultas del C.A., 25-28-VII-1693.

90. ACA, CA, leg. 842, Virrey al secretario del C.A., 14-VII-1693; Carlos II al virrey, 30-VII-1693; virrey al secretario del C.A., 11-VIII-1693. ACA, CA, leg. 581, virrey al secretario del C.A., 28-VII-1693. ACA, CA, leg. 580, virrey al secretario del C.A., 4-VIII-1693.

con la ayuda de los ministros de la justicia, ir superando con buena maña. Enterados que el arzobispo, Juan Tomás de Rocabertí, permitió marchar sólo con una reprimenda a los religiosos implicados en esparcir "...la mala doctrina de que los vasallos no tenían obligación de pagar...", pedían que se obrase judicialmente contra ellos, y que se "...aparten a los eclesiásticos en la forma que se asegure el sosiego...". Aceptaban las explicaciones del virrey del por qué de su actitud impidiendo la salida del arzobispo de Valencia para intentar sosegar los ánimos de los amotinados: no quería dejar la Ciudad sin una autoridad, en caso de que por las circunstancias él mismo hubiera tenido que hacerlo y, por otro lado, no querían arriesgarse, ni él ni las tres salas de la Real Audiencia, a que los sublevados tomasen preso al arzobispo, sobre todo porque el motivo de la revuelta no admitía una mediación como la de Rocabertí, creyéndose que, en cuanto éste hubiese cumplido con su misión, los sediciosos hubieran vuelto a conmoverse manteniendo su propósito de no pagar los derechos señoriales. Si el arzobispo hubiese hecho su ofrecimiento dos semanas antes y no el mismo día 15 de julio, razonaban, quizá el virrey pudiera admitirlo entonces, pero tan tarde no. De todas formas, el Consejo de Aragón siempre podría alegar que en una tesitura parecida, la actuación del arzobispo no había sido la mejor, arguyendo las especiales características de los de la Marina, que "...son tenaces, sangrientos y incapaces de la razón..."⁹¹ En voto particular, el duque de Osuna, el marqués de Castelnovo y el regente don José Rull reconocían que si bien no se le podía poner tacha a la actuación del

91. El Consejo utilizó como argumento dos alborotos previos donde la actuación del arzobispo de Valencia fue más que discutible: la primera que se recogía se produjo cuando el arzobispo Rocabertí, en 1680, "...en el lugar de Puzol de mejor gente que la de la Marina, y propio de la Mitra, pues sin respetar al arzobispo su dueño, que estaba en el lugar, se amotinó la mayor parte dél, y todos con armas tiraron muchos escopetazos a las casas de los que tenían heredades y no eran vecinos, y no pudo el arzobispo sosegarles, y fue preciso valerse del infeliz, aunque entonces forzoso medio, de que los que tenían heredades se obligasen con instrumento público a pagar lo que no debían; después no se pudo pasar al castigo porque el arzobispo, por ver ultrajada su autoridad por las dos representaciones de prelado y dueño, formó mayor empeño para conseguir como consiguió el indulto de todos, y estando ahora en el día 15 de julio las cosas en el estado que se sabe, el viaje del arzobispo hubiera podido producir inconvenientes y ser su interposición de embarazo para el castigo...". Al mismo tiempo, lamentaban que en el suceso de la conmoción de la huerta valenciana los días 25 y 26 de julio de 1663, cuando tres mil labradores armados hicieron una serie de reclamaciones, se consiguió su sosiego otorgándoles cuanto pedían, y no gracias a la actuación del arzobispo, por entonces don Martín de Ontiveros; de manera que, por todas aquellas razones, alababan la represión realizada. Véase, ACA, CA, leg. 581, consulta del C.A., 7-VIII-1693.

virrey respecto al arzobispo, sí que la Real Audiencia se había equivocado al repeler el ofrecimiento del mismo, pues si era cierto que el obispo de Barcelona fue preso por los amotinados –una clara referencia a la *Revolta dels Gorretes* (1687-1689)⁹²–, no lo era menos que el arzobispo Rocabertí había sido dos veces virrey “...y querido de los naturales”, y era difícil de creer que los amotinados lo hubieran podido retener; por otro lado, en época del virrey Camarasa (1659-1663), el arzobispo Ontiveros sí había conseguido sosegar un tumulto, de modo que no se debía haber despreciado tan a la ligera el ofrecimiento del arzobispo. Como vemos, había quien seguía buscando la destitución del virrey Castel Rodrigo.⁹³

Poco después, informaba el virrey cómo don Ventura Ferrer iba consiguiendo que los pueblos de la Marina fuesen entrando en razón y pagasen a sus dueños los derechos señoriales pertinentes, cuando le envió noticia de la presencia de la armada de Francia a la vista de Alicante, reclamándole a don Ventura el envío de los soldados de la guardia a dicha ciudad para su custodia, si bien su gran preocupación había sido que con el resto de sus tropas “fuese cubriendo la Marina para que no llegase de tierra noticia alguna a la Armada...”, por lo que previno las milicias de Játiva y La Ribera para que acudiesen en su socorro, remitiendo avisos a los gobernadores de Jávea (don Sebastián Pertusa) y Denia (don Juan Milán). Poco después, se informó desde Villajoyosa cómo la Armada enemiga pasaba hacía las Baleares, por lo que don Ventura retiró las milicias que se previnieron, si bien no pudo dejar de recobrar la caballería de la guardia “...pues sin ellos no se puede dar paso...”⁹⁴

A fines de agosto llegaron noticias de que don Ventura Ferrer había ofrecido servir cada año con quinientos caballos en Cataluña y su hermano el rector con cincuenta pesos mientras durase la guerra. Desde el Consejo se aguardaron más noticias. Poco después, el virrey señalaba que “según noticias que he podido adquirir de algunos dependientes del mismo don Ventura, entiendo que toda esta proposición se originó del ardién-

92. Este argumento también fue utilizado por los miembros de la Real Audiencia valenciana para aceptar que, en su momento, el arzobispo no hubiese salido a intentar pacificar los ánimos de los revoltosos, pues “...era muy posible pasaran a la acción sacrílega de hazer represalias en su persona... como se experimentó estos años pasados en la comoción de las varretinas de Cataluña”. Véase, ACA, CA, leg. 581/2-7, memorial de la Real Audiencia, 28-VII-1693.

93. ACA, CA, leg. 581, consulta del C.A., 7-VIII-1693.

94. ACA, CA, leg. 580, virrey al secretario del C.A., 11-VIII-1693.

te celo de Don Ventura en una conversación privada..., pero sin pasar esto a más que conversación...”. Ferrer se desvinculó del ofrecimiento señalando que lo que había manifestado se produciría en el caso de salir el rey a campaña, comprometiéndose él a poner quinientos caballos de su distrito en el campo de batalla. Todo, pues, quedó en nada.⁹⁵

Más preocupantes fueron las noticias que le envió el gobernador de Gandía, M. Pérez Pastor, al virrey. Le informaba que el jesuita padre Aiz le había comentado tras su viaje por la zona de las montañas y la Marina que existía un riesgo real de un segundo movimiento sedicioso, ahora con la novedad que los lugares de realengo se quejaban de los alojamientos de tropas que la nobleza no pagaba, y que se temía una unión de estas reivindicaciones con las precedentes. Pérez Pastor le aseguraba que Gandía no quería contribuir al alojamiento de las tropas que debían vigilar la zona por hallarse agotada y por haber llevado el peso del mismo mientras se había decidido el final de la anterior alteración; por ello, el gobernador confesaba que tenía a los soldados alojados en un cuartel “...socorriéndoles de mi dinero para que coman ellos y los caballos”, por lo que demandaba medios, pues hasta el coste de las herraduras salía de su peculio.

En su informe, el padre Aiz señalaba que el intento de ampliar la sedición a los lugares del rey era muy serio, pues circulaba una carta anónima que pedía a todos que de momento no hiciesen ningún movimiento hasta “...que se armasen mejor que la vez pasada, aunque fuesen menos, asistidos de armas y dinero y tomados los puentes del Xúcar pasasen a estos parages vecinos a Valencia para juntarse con los cargados de la Huerta de Valencia y otros dominios de señores. Y aún dicen que para juntarse también con los estudiantes de esta universidad...”. Es decir, poner en marcha una gran revuelta que aunase las experiencias tumultuarias de las zonas

95. ACA, CA, leg. 567, virrey al secretario del C.A., virrey al secretario del C.A., 25-VIII y 8-IX-1693; consultas del C.A., 15 y 24-IX-1693; don Ventura Ferrer al virrey, 7-IX-1693. Don Ventura había demandado que se le satisficieran las mercedes otorgadas por el rey en su momento (la provisión de la Bailía General del Reino y una encomienda que vacó por aquellas fechas); y aún el 2 de noviembre volvía a escribir Ferrer al secretario de Valencia en el Consejo de Aragón, don José de Molina, hijas por casar) le obligaban a pedir el cargo más oportuno, estando dispuesto a ir a la Corte a reclamarlo. Véase, ACA, CA, leg. 581, Carlos II al virrey y a don Ventura Ferrer, 19-X-1693; Ferrer a don José de Molina, 2-XI-1693.

96. ACA, CA, leg. 579, gobernador de Gandía, Pérez Pastor, al virrey, 16-IX-1693.

cercanas a Valencia con la reciente sublevación, el gran peligro que había intuido el virrey Castel Rodrigo.⁹⁶

También el gobernador de Jávea, don Sebastián Pertusa, quiso dejar oír su voz, señalándole al virrey que, en su opinión, como solución al problema de la sedición, tras recorrer algunas de las comarcas levantadas en la primavera y el verano de aquel año, era el envío de hasta doscientas plazas de caballería de Cataluña, una cifra que no podía influir en las operaciones militares en el Principado y sí en cambio asegurar la tranquilidad del Reino, además de alojar aquellas tropas en los lugares levantiscos para demostrar a los demás las bondades de cumplir con sus compromisos.⁹⁷ Pero, para entonces, Castel Rodrigo tenía otras urgencias que explicar, si bien la sugerencia de Pertusa no le pasó desapercibida, pues estaba en su ánimo. Don Ventura Ferrer, con apenas sesenta caballos, “que es lo más que se ha podido juntar de mis Guardias y de las compañías del Grao y Moncófar y alguna gente de satisfacción de Xátiva...”, se encaminó a Onteniente y Gandía tras recabar noticias en Denia, Pego y Pedreguer en el sentido de que Francesc Garcia intentaba juntar hasta cuatrocientos hombres para mantener viva la sedición, siendo su principal objetivo “...desembarazarse de don Ventura Ferrer cogiéndole con emboscadas los pasos más fragosos para que no pueda obrar la cavallería...”, Tras conocer que Garcia sólo se movía de día en Ràfol, Tormos y Sagra, y de noche se retiraba a las montañas, Ferrer había reclamado dos compañías de infantería de Játiva y tenía prevenido lo restante del trozo del marqués de Malferit para, cuando se avisase, poder avanzar por la zona evitando cualquier emboscada en las montañas, aún de noche, y de día atacar los tres lugares mencionados para intentar arrestar a Garcia y a sus secuaces.

El principal peligro en la lontananza era que los sediciosos pudiesen aprovechar la feria de Onteniente, que podía convocar hasta 20.000 personas, muchas de las cuales iban en cuadrilla y armadas para proteger sus caudales, para mantener viva la sedición e infiltrarse. Informado de todo ello, el Consejo de Aragón deliberó que en lugar de despachar cincuenta caballos de Cataluña, donde todavía se operaba aquella campaña, se enviarían cincuenta de caballería de las levas que se hacían en la Corte para el Principado, sustituyendo su ruta Zaragoza-Lérida-Barcelona por el desvío

97. ACA, CA, leg. 579, don Sebastián Pertusa al virrey, 20-IX-1693.

a Valencia, donde permanecerían a la orden del virrey mientras hiciese falta. Lo cierto es que el virrey no las tenía todas consigo, pues al hecho de no haber conseguido todavía atrapar a los cabecillas de la sedición, con el desprestigio que conllevaba, se debía añadir la falta de medios militares represivos de calidad, sobre todo porque entonces estarían “...más advertidos del primer lance en que les desbarató Don Ventura...” y entonces “...será muy lleno de contingencias peligrosas el seguro y más con el desengaño que las milicias colectivas del Reyno, ni será fácil juntarlas otra vez, ni juntas pueden ser de algún provecho con los que consideran paisanos y que no les faltan a los lugares del rey de que se componen las quejas de los aloxamientos y de la diferencia de los pechos entre nobles y plebeyos, o de sola la descomodidad de dexar sus casas a fin de mantener a los dueños de los lugares en lo goze de sus rentas, para mancomunarles en el espicioso motivo de alguna libertad...”⁹⁸

A mediados de octubre de 1693 entró en el Reino la compañía de cincuenta caballos del capitán Ramírez de Arellano, que había llegado muy maltratada por el largo viaje, por lo que convenía que se recuperase para que al entrar en Valencia –se estacionó unos días en Moncada– la vieses “lucida”; el virrey consideraba que si se la socorría por vía de la Real Hacienda no haría falta alojarla en los lugares, mientras que reiteraba su intención de mezclar sus hombres, a la hora de patrullar, con los de las guardias “...que están hechos y saben el terreno”. Para el virrey, el gran problema, además de faltar los suplementos necesarios de dinero para mantener a la plana mayor de la compañía, dinero que reclamó al Consejo de Guerra, era cómo distribuir aquella gente en el Reino, pues no era “...factible el aloxamiento en las poblaciones abundantes por la lealtad con que se han portado en esta sedición; ni siendo capaces los de la Marina de tolerarle por largo tiempo por ser cortas y de suma miseria”. El Consejo de Aragón siempre fue de la opinión que aquellas tropas no se podían mantener exclusivamente con un alojamiento según fueros, es decir, dispensándoles exclusivamente el cubierto, lumbre, sal, aceite, vinagre y agua, que, por otro lado, el estado miserable de los pueblos sediciosos lo impedía asi-

98. ACA, CA, leg. 579, virrey al secretario del C.A., 22-29-IX-1693; consulta del C.A., 29-IX-1693; consulta del C.A., 14-X-1693. ACA, CA, leg. 581, consulta del C.A., 10-X-1693.

mismo, y que el hecho de pagar el Reino un tercio para Cataluña año tras año debía exonerarles de una carga como aquella.

La solución hallada fue que como la Real Hacienda iba a mantenerlos en el caso de ser enviados al ejército de Cataluña, el Consejo demandó que también los sustentase mientras operasen en el reino de Valencia. El rey ordenó el envío a Valencia de una mesada completa para la compañía (5.300 reales de plata valenciana), así como las raciones de paja y cebada necesarias para conservar las caballerías. Pero, como era habitual, que aquellas órdenes se pusieran en práctica era muy difícil. Ya el 17 de noviembre el virrey reclamaba el envío de medios para mantener la compañía, tras haber escrito a Hacienda el 3 de noviembre quejándose, y el 1 de diciembre el Consejo de Aragón hizo lo propio. Ese mismo día, el virrey dio noticia que el administrador de las rentas reales de la villa de San Clemente había enviado una paga para la compañía de caballería, del capitán Ramírez, lamentándose el marqués de Castel Rodrigo que se le debían enviar las mesadas con mayor regularidad, pues lo que no deseaba era “...que hallándose este Reyno tan apurado como está y en vísperas de conceder el servicio del tercio conviene mucho aliviarle todo lo posible de los aloxamientos...”. En realidad, el coste anual de un contingente de aquel volumen podía representar una quinta parte del gasto que hacía el Reino en un tercio pagado durante seis meses, de modo que se entiende la preocupación del virrey por no aumentar la presión fiscal sobre Valencia.

Como decíamos, la petición de medios para mantener la compañía de caballería acabó convirtiéndose en una cantinela, recordando el virrey que aquella gente era “...de buena calidad... aunque los caballos pudieran ser mejores y más mozos...”, siendo lástima que se perdieran aquellos soldados por falta de pagas, sin olvidarse de los veinticinco caballos que en su momento había demandado para aumentar la fuerza de su compañía de las guardias, doblándola, y que también eran pagados con demasiada irregularidad.⁹⁹

Quizá el mejor argumento para tales medidas era el hecho que Garcia no se había apresado, como sí ocurrió con Josep Navarro. Decía el virrey en enero de 1694 que Garcia se hallaba “solo y escondido en los montes,

99. ACA, CA, leg. 579, virrey al secretario del C.A., 13-X; 3-17-XI; 1-15-29-XII-1693; 26-I-1694; consultas del C.A., 14-20-27-29-X; 1-10-24-XII-1693.

100. ACA, CA, leg. 579, virrey de Valencia al secretario del C.A., 19-I-1694.

se mantiene en aquellos parajes con igual pertinacia que antes”.¹⁰⁰ También cabe señalar que aquellos acontecimientos estuvieron detrás de la decisión de elaborar un mapa detallado del Reino “...para la administración de justicia, manejo de las milicias y conocimiento del terreno...”, que se enviaría –y se harían copias– para los miembros del Consejo de Aragón.¹⁰¹

Las condenas de veinticinco sentenciados por la sedición de la Marina en agosto de 1694, tras la condena y ejecución de J. Navarro en enero de dicho año, estuvo en la base de un nuevo intento de alterar los ánimos convocándose a los labradores mediante una carta anónima a ir el 8 de septiembre a Valencia a reivindicar con “balas y pólvora” el negocio en el que habían sido estafados. “Y estamos con resolución de levantarnos todos en un día; que es otra parte de Valencia y esta otra parte confiamos que acudirán con toda presteza”.¹⁰² No eran un asunto como para dejarlo de lado, pero tras comprobar que no se había producido movimiento alguno en septiembre y que todos contribuían con regularidad a sus señores, el virrey informará que se disponía a enviar con algunas tropas a don Ventura Ferrer a Jalón, donde fray Martín Castells había sembrado cizaña de nuevo. El virrey sacó dinero de los donativos para que Ferrer pudiese actuar, lo que le valdría la reprimenda del Consejo de Aragón, que si bien aprobó la acción contra Castells, no hizo lo mismo con la fuente de dinero empleada, que tenía unos fines intocables. Una oportuna epidemia de fiebres, dentro de su inoportunidad obvia, que se expandió desde Calpe a muchos lugares, incluido Jalón, hizo que el virrey decidiese por suspender la operación de don Ventura, quejándose el virrey de que en la caja de guerra hacía meses que no había entrado un real.¹⁰³

CONCLUSIONES

La presión fiscal de la Monarquía Hispánica sobre el reino de Valencia, que, paulatinamente, se fue ejerciendo sin ningún tipo de freno con la excusa de las necesidades militares de la Monarquía en la frontera catalana –y en la marítima del Mediterráneo–, fue a común a los demás reinos de la

101. ACA, CA, leg. 840, virrey al secretario del C.A., 24-XI y 8-XII-1693.

102. ACA, CA, leg. 579, carta anónima, ¿fines de agosto? 1694.

103. ACA, CA, leg. 579, virrey al rey, 12-X-1694; consultas del C.A., 20-27-X-1694; virrey al secretario del C.A., 26-X-1694.

Corona de Aragón, singularmente en Cataluña, teatro de la guerra. Pero, si bien dicha presión fue incrementándose a lo largo de los años del reinado de Carlos II, sólo en Cataluña y en Valencia, además de en Ibiza –si bien relacionada con la falta crónica de suministros en la isla–, estallaron sendos movimientos sociales relacionados directa o indirectamente con la presencia de tropas en alojamiento y demás cargas fiscales que comportaba la guerra. Una guerra que, para desgracia general, se eternizó durante la década de 1690. Sin duda, el hecho que la presión anual para mantener un tercio en el frente catalán, aunque los valencianos acabasen enviando –y pagando– menos hombres de los que les pertocaba, unido a la labor virreinal de control del bandolerismo, que hubo de frenar esta salida del malestar habitual de muchos de los habitantes de los pueblos, junto con la novedad terrible de la armada francesa operando en las costas valencianas –así como baleares y catalanas– condujo a un malestar generalizado entre la población valenciana de aquellos años que, a menudo, encontró en los motines contra los franceses residentes una válvula de escape. Pero también existía otra realidad, y era la comprobación de cómo el pago de los derechos señoriales de determinadas zonas, extraordinariamente rigurosos, se había convertido en un sinvivir para muchos. La constatación de dicho abuso en una época de exacción económica muy fuerte y, lo peor, continuada, a la que se añadió la comprobación de la indefensión de la costa valenciana tras décadas de penuria hacendística llevó, sin duda, a la conclusión que el enemigo interno de los valencianos, sus señores, era tan duro y dañino, sino más, que el enemigo exterior. Como buena parte de la represión estuvo protagonizada por los propios valencianos, al no existir apenas fuerzas de la Corona a disposición del virrey, el precedente para un enfrentamiento también civil en el contexto de la Guerra de Sucesión estaba servido.